



# EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Sábado 11 de Noviembre de 1911.

Núm. 42

## A los lectores de provincias

Queridos amigos: Mientras pasa esta racha de persecución ridícula, pondré á la venta la edición de Madrid; mas no tiraré la de provincias hasta persuadirme de que no la han denunciado. Sería necio tirar todas las semanas tantas resmas de papel para que las archivasen en los sótanos de la Administración de Correos.

Paciencia pues, si lo reciben con algún retraso, hasta ver si se cura el Gobierno de la "Prensofobia" que padece, ó pasa á mejor vida.

La última denuncia de EL MOTÍN me ha demostrado que se denuncia por denunciar, y que es muy posible que vuelva yo bajo un gobierno que se dice democrático, á aquellos tiempos en que los conservadores me denunciaban el Catecismo y ¡hasta la Biblia!

Afortunadamente el periódico es semanal, y puedo evitar la denuncia.

## La cuestión del día

Me parece bien que quien tenga datos seguros para probar que se atormentó á los presos de Cullera, los exhiba. Yo no lo hago, por no haber llegado á mí ninguno de esos que rojan ni resquicio por donde pueda penetrar la duda.

Y diré mas: de haberlos tenido, no habia aguardado para exhibirlos á que levantasen la suspensión de garantías, de ser yo diputado.

¿Que me hubieran preso entorces? Como no quiero ofender á ninguno de los que hoy habian de eso, suponiéndolos capaces de callar por el temor ese, no contesto á la interrogación.

Q u e ave es la cuestión, é interesa escudarse por el prestigio de la patria; pe-

ro afecta más á la monarquía que al partido republicano. Hemos llegado ya todos á unos extremos, lo mismo los monárquicos que los republicanos, que el país se preocupa menos de lo que hacen ellos, que de lo que dejamos de hacer nosotros.

Si al partido republicano le interesa más, ( rescindiendo de la parte humanitaria) saber por qué los radicales se apresuraron tanto á condenar la huelga, y por qué la Conjunción, después de haber afirmado en todos los tonos que España no iba á la guerra con Marruecos, no protestó oportunamente.

Nadie habla de esto ya, y es preciso hablar de esto mucho, porque esto puede influir decisivamente en el porvenir del partido.

El que se probara lo de los tormentos, sería una vergüenza más para los monárquicos; pero qué les importaría una más á los que tantas tienen sobre sí?

Mientras el esclarecer los puntos indicados, serviría para una de estas dos cosas: ó para rehacer el prestigio de los radicales y de los conjuncionistas, hoy muy quebrantado, ó para decidir al Pueblo á tomar una resolución enérgica que acabase de una vez con tanto equivoco, con tanta nebulosidad...

Es práctica constante en los partidos políticos españoles, y cuanto mas avanzados más, apasionarse de lo momentáneo, olvidándose de lo permanente; poner sobre lo principal lo secundario; darle más importancia al arañazo de hoy, que á la puñalada de ayer; no perseverar, en fin, ni en el propósito ni en la acción.

Lo de las elecciones y lo de Cullera absorben hoy por completo la atención de los republicanos; cuando estas cuestiones terminen ó se vayan gastando, surgirán otras que nos apasionaran otros cuantos días; en esto se abrirán las Cortes; los diputados que habian en, pronunciarán discursos elocuentes, que aplaudirán allí los que siempre callan, y corearán fuera los profesionales de en usiamr; quizás se celebre algún banquete en honor del que más se haya distinguido en el torneo de Elocuencia; tal vez ese mismo haga después una excursión por provincias á cosechar ovaciones, como da una vuelta al redondel recogiendo puros el torero que hace una faena brillante; y luego seguirá su curso la procesión, y nadie volverá á acordarse de pedir cuentas á los radicales por haber condenado la huelga, ni á los conjuncionistas por no haberse opuesto á la guerra á pesar

de haberlo prometido arrogantemente.

Estoy por envidiar á los republicanos que mueran esta semana. Se ahorran el disgusto que, de haber vivido, hubieran llevado en la próxima, al ver las inconsecuencias en que seguramente incurriremos.

JOSÉ NAKENS

## Humorismo político

### Estado de ánimo

Enfrascado ahora en la lectura de libros y documentos concernientes á la Inquisición, todo lo veo color sotana.

Unase á esto el que, al apartar la mirrada de libros y papeles inquisitoriales, la fijo en la prensa diaria, donde encuentro las mismas palabras que en ellos, y dígame si no tengo algún derecho á dudar de que esta otra palabra, *progreso*, haya adquirido significación real en esta España, en que nadie distingue ya cuándo mandan los liberales ni cuándo los conservadores.

### Denuncia explicable

Hojeaba la prensa de la mañana, admirándome de lo furioso que viene la monárquica contra los republicanos, cuando entra un inspector de policía á hacer requisita del último número de EL MOTÍN por haber sido denunciado.

Supendiome la noticia, porque, dicho sea en confianza, lo habia escrito con cierta cuquería para no privar á mis lectores del gusto de saborearlo; pero me ri puse pronto. La costumbre lo familiariza á uno hasta con la injusticia.

Mas cuando me enteré de cuál era el trabajo denunciado, mi sorpresa se reprodujo, centuplicándose. El artículo era el titulado: *El m t i n del domingo*.

Pregunté si lo habian denunciado á instancias de Melquíades Alvarez ó Pablo Iglesias, á quienes a quienes podía haber mo estado, y el inspector no pudo contestarme; nada sabía.

Pronto comprendí que habia preguntado una necedad, pues la causa de la denuncia está clara.

Se molestó alguien del Gobierno al ver la lámina, y no pudiendo denunciarla, por no atreverse todavía á denunciar abiertamente la Inquisición, dió la orden de que denunciaran el número



por cualquier otra cosa, y eligieron ese artículo, como podían haber elegido otro cualquiera.

Yo me pongo siempre en la razón y hago justicia á las intenciones, aunque sea en contra mía.

Y descartado este incidente, hablemos un ratillo.

### Programas sin hombres

¡Y que haya quien sostenga que este es un país muerto!

Léanse estos días los programas de los candidatos a concejal, y se verá que está vivo y muy vivo. Y lleno de vivos. ¡Y hasta de *Vivillos* presuntos!

Al leerlos, se piensa involuntariamente en aquella frase grosera, que yo dulcificaré cambiando un verbo: «Ofrecer hasta... comer; y después de comido, nada de lo ofrecido.» Que es lo que ocurre siempre.

Si en España se hubieran reformado siquiera la millonésima parte de las cosas que han ofrecido los aspirantes á concejales y dipulados, sería la nación más adelantada del mundo. Mas ¡ay! que una cosa es predicar, y otra dar trigo. En cuanto consiguen su objeto, se olvidan de lo prometido, ó lo sustituyen con lo de: «Cuando pasan rábanos, comprarlos.» «El mejor protector de cada hombre, es él mismo.»

Bien mirado, los programas nada garantizan: «Ama al prójimo como á ti mismo», se lee en el de Jesús, y ¡eché usted persecuciones, cadalsos y hogueras! No hubieran seguramente sus partidarios cometido tantos crímenes, si les impone este precepto: «Asesinad y robad á todo el que se os ponga á tiro.»

¡Las personas! ¡Las personas!... Estas son las únicas garantías verdad. «El hombre malo, como dijo no recuerdo quien, es malo hasta en sus acciones buenas; como el bueno es bueno, hasta en sus acciones malas.»

Mas no vaya á creerse, por esto que digo, que niegue yo en absoluto la utilidad de todos los programas; no.

Hay algunos que la tienen grandísima en momentos determinados, si están impresos en papel muy suave.

### Casi soliloquio

Y dicen que, paseándose frenético por su estancia, le hablaba así Maura á Cierva:

«¡Esta ha sido una felonía sin nombre! ¡Una traición infame!... ¡Robarnos de ese modo nuestra bandera! ¡Exagerar hasta ese punto nuestro programa!... ¡Nos han hundido!... ¡Nos han inutilizado!... ¿Qué somos ya? ¿Qué representamos? ¿La persecución sistemática á la prensa? Los demócratas la llevan al límite. ¿Encerrar la inmunidad parlamentaria en el salón de sesiones? Cuanto se reúnan las Cortes, lo harán ellos. ¿Llenar las cárceles de presos políticos? No caben ya más. ¿Seguir actuando en Marruecos? Millares y millares de soldados tienen ellos allí... Por más que ponga en tortura mi cerebro, no se me al-

canza qué podré contestarle al rey el día, ya muy cercano, que me llame para formar gabinete. ¿Qué propósitos le expongo, qué proyectos le someto, sin exponerme á que me diga: «eso lo han realizado ya los demócratas?...» En mi vida me he visto en situación tan difícil. El dilema para nosotros es este, amigo Cierva: ó arrebatamos á nuestra vez el programa al absolutismo, ó tenemos que renunciar para siempre á gobernar al país. Propalan los necios que los demócratas nos han robado. No; han hecho más: ¡nos han asesinado! Y nos han enterrado después, poniendo á Chaperón y á Caloma de de guardia en nuestro sepulcro, temiendo que resucitemos. ¡Nos han perdido!... ¡Nos han perdido!... (Pausa) ¡Ah! ¡Nos hemos salvado! ¡Una gran idea! Cuando el rey me encargue de formar gabinete, aceptaré sin vacilar el mandato; lo llevaré á usted á Gobernación otra vez; usted reanudará la obra que dejó interrumpida, y el país nos saludará alborozado por creer que llegamos á tiempo todavía para salvar unos milímetros la libertad. ¿Qué le parece á usted?

—Perfectísimamente, contestó Cierva.

### Acaparadores insaciables

Hay políticos en todos los partidos, hasta en los radicales, que se parecen á las gentes de Iglesia en lo de buscar primeramente el reino de Dios para que todo les sea dado luego por añadidura. (Advierto que, como para ellas también, su dios es el dinero).

No seré yo quien los condene, por haber empezado á sospechar, aunque un poquito tarde, que poseer dinero en abundancia debe ser cosa agradabilísima, sobre todo para aquellos que sacrifican todo, hasta la dignidad, por adquirirlo.

Pero sí me atrevo á suplicarles no traten, una vez previstos de dinero, de hacer acopio de honradez; sería demasiado egoísmo ó exceso de avaricia querer acapararlo todo: honradez y dinero.

Sean, pues, compasivos, y déjenlos siquiera á los necios el derecho de ufannarnos con nuestra tontería, repitiendo á manera de estribillo aquella frase tan falsa como risible: «Pobre, pero honrado.»

### Los chulos de la democracia

No existe señora más simpática, ni más adulada, ni más amada que *Doña Democracia*. Sus adoradores se cuentan por millones; pudiera decirse que son muy pocos los hombres de quince á veinticinco años que no se sienten enamorados de ella, y no se lo digan en todos los tonos y en todos los estilos; hasta en verso.

Ella, que es noble y buena, corresponde platónicamente á todos, y á muchos les abre camino para escalar la altura; mas ¡ay! tiene la desgracia de que muy pocos de los que se elevan gracias á su protección, le permanezcan fieles. No confíen que dejan de amarla, pero casi todos se dedican á cortejar á

*Doña Reacción*, vieja indigesta, de corazón seco, cruel y fría.

¡Pobre *Democracia*! Los que más enamorados se le muestran, los que más favores le deben, los que sin ella no hubiesen sido acaso admitidos en el gran mundo de la política, son los que le resultan luego más ingratos; algunos hasta la difaman; hasta la exterminarían si pudiesen. En esto se parecen á esos chulos que se dedican á explotar las hembras.

Por esto yo, que lo sé, cada vez que hay cambio de gobierno interrogo á mi memoria al leer los nombres de los ministros nombrados, de los subsecretarios, directores, gobernadores, etc., y ella me contesta:

—«Sí; aquel fué chulo de la *Democracia*. Y aquel. Y aquel otro. Y el de más allá.»

A lo que nunca me contesta con prontitud y claridad, es á esta otra pregunta: —¿Y cuál de esos te parece más indecente?

Medita un rato, vacila, quiere excusar la respuesta, pero al fin exclama:

—¡Todos! ¡Todos!...

—Pero bien; a guño habrá que lo sea más que los otros...

—Sí... Es posible... Mas como no se ha inventado aún el moralímetro... Hasta que se invente, y para no esponerte á cometer una injusticia, puedes adoptar este criterio:

Aquel que veas renegar más de la *Democracia*, y combatir á los que la aman sin explotarla, aquel, aquel es el más indecente de sus chulos.

## Vanidades mundanas

Hace tiempo, el año 1903, cuando acababa de pactarse la unión republicana, un admirador mío (hay bastantes que tienen ese buen gusto) me pidió autorización para dar mi nombre á un aguardiente que fabricaba.

Acérrimo enemigo yo de vanidades mundanas, aunque no lo diga á cada paso como los curas, publiqué en *El Motín* este artículo:

### El pináculo

He estado á punto de tocarlo. Me refiero al de la celebridad.

Hace pocos días me pidió un fabricante de licores de Utiel permiso para dar mi nombre á un anisado, y mi retrato para colocarlo en la etiqueta.

«¡Oh fortuna, que no te cansas de prodigarme tus favores! exclamé. Después de esto ¿qué más pudieras concederm?»

Dar nombre á un anís, es ya la apoteosis. Se lo dió Peral, se lo dió Cabriñana, se lo han dado varios... Republicanos algunos.

¡Ah! Se me olvidaba. Se lo ha dado hasta el mono. ¡Anís del *Monol*!... ¡Qué bien haría en un escaparate de las tiendas de bebidas mi retrato, al lado de ese cuadrumano peludo! Estaría yo... monísimo.

¡Anís *Nakens*! ¡Enloquecedor! ¡Cofie.



so que ni en sueños había pensado en honor semejante.

¡Y á qué escenas tan hermosas podría dar lugar mi anhelo!

Un fraile compra una botella, la esconde bajo los hábitos, se mete en su celda, se la bebe, se emborracha, llama á un niño, y... ¡Horror de horrores!

Un cura compra otra, y mano á mano con su ama diciendo: «¡vamos á bebernos la sangre de este bandido!», se embaulan el líquido, y... ¡Tapaos los oídos! ¡Cerrad los ojos!...

Un beato de entraña cruel (pase el pleonismo) se embasa unas copitas, se anima y decide no seguir tolerando que el canónigo Tal se encierre á solas con su mujer; empuña un hisopo de seis tiros, entra en la alcoba, dispara sobre la pareja, lo prenden, y al declarar dice: «¡Yo soy inocente! ¡Nakens tiene la culpa!»

En todo esto pensé al leer la carta en que se me pedía la autorización, y, sin embargo, la negué.

Decididamente no he nacido para unir mi nombre á grandes empresas.

Dejo esta gloria para las celebridades consagradas.

Y para el *Mono*.

Y recuerdo esto, á propósito de una carta que recibí de las Palmas poco antes de la suspensión de garantías, y en la que, entre otras cosas, me decía un amigo:

«En la tarde del domingo 27 del pasado Agosto, verificóse en la ensenada del arceife de este puerto una fiesta marítima para bautizar dos nuevos botes de regatas.

Cuando todo se hallaba preparado para celebrar la ceremonia religiosa, y estando ya los curas embarcados en los nuevos cristianos poniéndose los zagalejos blancos (lo que produjo sonoras carcajadas entre el gentío inmenso que poblaba la extensa playa), de uno de los botes que se hallaba en el sitio de la ceremonia ostentando en su popa la bandera republicana, desplégase una vela en la que aparece en letras rojas y de gran tamaño el nombre de JOSE NAKENS.

Ya podrá usted suponer el efecto que produciría esta nota simpática entre nuestros amigos, y el gran malestar que se dibujó en las santas y rollizas caras de los ministros del Señor.

El joven propietario de este anticristiano bote, Faustino Dávila, lo había adquirido algunos días antes para dedicarlo á regatas, inscribiéndolo en el registro de la Comandancia de Marina con el nombre ya indicado.

Se tomó una vista fotográfica de este jolgorio olímpico religioso, en la que, según parece, ocupa el endemoniado bote siti o preferente. Procuraré adquirir dos ó tres fotografías para tener el infernal placer de regalarle una.»

Lo del *anis* pude evitarlo, porque se me consultó; lo del bote me ha sido imposible. Si Dávila llega á anunciarme lo que pensaba, creo que le hubiese dicho, poco más ó menos:

«¡Desventurado!... ¿Qué intentas?... ¿Quién te ha sugerido idea tan horrible? Poner mi nombre maldecido á tu embarcación, en lugar del de una virgen milagrosa ó un santo taumaturgo, es condenarla de antemano á perecer. Mi

nombre desataría el huracán y crecería las olas para que cayeran implacables sobre mí (hablo en clase de bote), y me hundieran en el abismo, donde me aguardarían anhelosos con las fauces abiertas todos los monstruos marinos; hasta los creados por la leyenda.

Además ¿quién se embarcaría en un bote que llevase mi nombre? Únicamente algún aspirante á suicida, que quisiera agravar su horribil pecadillo quitándose la vida sobre mí. (Sigo hablando como bote.)

Y todavía pudiera ocurrir algo más espantoso: que por no tener otro remedio se embarcase en mí algún creyente, y un día, alejados de la costa, estallase de repente una tempestad, y él se asustase y rezara é invocase á todos los santos y santas de la Corte celestial, y... ¿qué hacía yo entonces? ¿Iba á escucharle con calma sus plegarias ó irme á fondo por no oírlas, exponiéndote á ti, amigo Dávila, á perecer también?

Agradeciéndote la buena intención, suplicote que desistas de poner mi nombre al bote, y lo bautices con el de un santo cualquiera, que pueda servirle de égida en las múltiples peripecias que se suceden en la vida del mar; lo contrario sería dar pretexto á que un día apareciera en la prensa esta noticia:

«Ayer tarde, y á un kilómetro del puerto de las Palmas, pasó por ojo á JOSE NAKENS, bote de la propiedad de Faustino Dávila, el vapor SAN IGNACIO, de la Compañía Trasatlántica de Jesús y Comillas.»

Y esto, aparte de la deshonra que echaría sobre mi nombre (en clase de bote), pudiera dar lugar á que la beatitud andante atribuyese á castigo providencial mi pasadura de ojo, y, regocijada, echase las campanas á vuelo, con daño de los tímpanos del oído de mi pertenencia, que funcionan ya medianamente.»

Así le hubiera hablado al amigo Dávila si llega á consultarme, con la misma franqueza que hablé al otro amigo de la marca del aguardiente; mas ya que no lo hizo, y que lo hecho, hecho está, no me queda otro remedio que darle las gracias por el favor que me ha dispensado, pues no soy de los que se eximen de agradecer por suponer que merecen lo que se les da.

Lo único que sentiría es que no pudiera Dávila leer estos renglones, por habérsenos llevado ya á los dos el diablo al llegar este número á las Palmas; á mí en clase de bote, y á él en clase de amigo mío y persona de buen gusto; pues, en este caso, me vería obligado á ponerle este telefonema al Infierno:

«Faustino Dávila.

Ten paciencia, que no tardaremos mucho en vernos por ahí.

Dios mediante.»

## EL SUBSUELO

—¿Que ha pasado? — pregunta EL MOTIN.

—Nada, y mucho.

Nada, porque todo está como estaba; nada, porque así que la actual situación deje, con la aprobación de los presupuestos, las manos libres al «poder moderador», volverán los conservadores con ó sin interregno. España sigue siendo una monarquía constitucional con dos partidos de gobierno que turnan en el disfrute del poder cuando las instituciones irresponsables estiman que la opinión pública—suprema reguladora en el régimen parlamentario—apetece alternativamente una temporada de libertad ó una de conservación y consolidación. Y buena prueba de que no habrá engaño en el cambio, será que el sufragio universal atestiguará como de costumbre que realmente los conservadores son los llamados á perpetuar durante algún tiempo la felicidad de que disfrutamos.

No ha pasado nada. Unos cuantos revoltosos intentaron alzarse contra cosas venerandas; un gobierno perspicaz y celoso descubrió á tiempo la horrible trama, y seguimos siendo una nación ordenada, constitucional, etc., etc.

No ha pasado nada. Y si no, ahí está para demostrarlo el noble y confortador pujilato de los austeros, integerrimos, ilustrados y perñelitos varones que piden al cuerpo electoral, al municipio del distrito, al comité respectivo, á todo lo habido y por haber, que les elijan concejales.

No ha pasado nada. Lluve, hace sol, sopla el viento, las calles están sucias, luce el gas, corren los tranvías, estreñan los teatros, se denuncian periódicos, comenzó la degollación de cerdos, se muere la gente, emigran bastantes ciudadanos, la mujeres paren, la deuda interior se cotiza á 84,50, etc., etc.

No ha pasado nada. Pero algo elaborado trabajosamente en las entrañas mismas del pueblo, de la masa que se afana, que sufre, sobre la que pasan todos los deberes y correas y á la que se priva de todos los derechos y privilegios, ha desgarrado la superficie social, mostrando de nuevo un mundo de actividades, de energías, de ideales, y también de rencores y de ansias justicieras.

El hecho es que en treinta y cinco años de restauración, de régimen constitucional puro y sin mancha, con sus correspondientes oposiciones antidinásticas á la derecha y á la izquierda, es decir, con el peligro de que la corona pasara á los herederos de aquel pobre imbécil que se llamara Carlos María Isidro, ó de que el tal chirimbofo fuese sustituido por el gorro frigio, España perdió sobre 450.000 kilómetros cuadrados de territorio, ganando en cambio los 185.000 del inútil Río de Oro.

El hecho es que en estos treinta y cinco años habrán emigrado unos cuatro millones de nacidos en esta tierra.

El hecho es que mientras el valor de la producción y la riqueza nacional—así la llaman—crecieron en un 80 por 100, los salarios aumentaron sólo en un 20.

Y el hecho es que un mismo tipo de vida cuesta hoy un 70 por 100 más que en 1874, de donde resulta que si los ricos son más ricos, los que viven del trabajo son hoy más pobres, viven mucho peor que hace treinta y cinco años.

Se ha llegado ya á límites insopor-



b'les, sin que parezca que los políticos se hayan enterado, y la masa que trabaja y sufre se organiza y concierta y está dispuesta a todo.

De tal modo hizo presa la desesperación, el descontento en los elementos populares, que en los movimientos de huelga general las mujeres, rémora siempre, son agentes propulsores. Recordemos que aún hoy están presas mujeres en Bilbao.

No ha pasado nada, pero ciego será quien no vea en toda España, lo mismo en los centros industriales que en los agricultores, igual en los grandes núcleos de población que en las aldehuelas una masa oprimida hambrienta, rabiosa, que no puede más y que quiere salir de esta situación espantosa.

¡Oír radicales todos; abrid los ojos y mirad! Hay más que los comités y las camarillas, y los casinos y los círculos, y las banderías. Hay una fuerza revolucionaria, hay un pueblo entero que ansía vivir, y que procura redimirse por sí solo, como sabe y como puede.

Encontrar sus anhelos, dar en lo posible coherencia y organización a estas fuerzas y conducir las mirando alto y lejos es deber vuestro y puede ser vuestra gloria.

Hay en el subsuelo un venero inagotable de invencibles energías; alumbra las y dirigir las para instaurar el derecho y el bienestar posibles, es obligación vuestra: y como ya los hechos dijeron de un modo irrefragable que con la monarquía no hay reconciliación, si no acometéis la gloriosa y noble tarea de utilizar las fuerzas que se os ofrecen a manos llenas, merecéis ser tenidos por enemigos del pueblo.

J. J. MORATO

## LOS FRÓFUGOS

### Sobre el servicio militar

#### Un caso típico español

Pues, señores, estos hechos son verdídicos y de su certeza responde EL MOTIN

El siguiente sucedido reza con un padre carmelita, y puede servir de título a un libro que diga: «Los pastores protestantes exceptuados del servicio militar».

Pues, sí: el padre en cuestión, antes de llamarse padre, se llamaba tío; era un tío de pueblo como otro tío cualquiera y como de un pueblo cualquiera. Iba a entrar en quintas el tío, y no queriendo ir al extranjero, se metió fraile carmelita. Con esto quedó exento. Se ordenó *in eternum*, ó sea *tomó la absoluta*, que esto viene a significar la ordenación: es una *absoluta* en que no intervienen el capitán general ni el ministro, sino el obispo.

Todo esto en virtud de las leyes *concordadas*; porque hay una ley que prohíbe al mozo sometido a quintas pasar la frontera sin cumplir con el servicio militar, pero otra ley le autoriza para pasar esta otra frontera del estado civil al estado de fraile; otra ley declara al fraile exento del servicio; otra ley autoriza al obispo a ordenarle; otra ley prohíbe el ejercicio militar a los ordenados, y otra ley declara esta ordenación inde-

leble y perpetua. De aquí lo dicho: que el Provincial, al dar el buleto de profesión, ó el obispo, al untar las manos del mozo, le otorgan la *licencia absoluta*.

Pues bien: el tío aquel, hecho ya Padre solemne, echó mano de otra ley que declara libre la profesión religiosa y prohíbe retener en el claustro al profeso y ordenado, y salió del convento y de la orden, pasándose por el sobaco la profesión; y se salió de la Iglesia pasándose por peor sitio la ordenación, por lo cual quedó canónicamente de hecho desordenado y desfraileado. Todo lo según ley.

En uso de otro derecho, también legal, se hizo pastor protestante; y mientras los mozos de su pueblo iban al «Barranco del Lobo», ahí me tienen ustedes al pastor protestante *exento de quintas SEGUN LEY*.

Por haberse metido fraile él, tuvo que ocupar su plaza de soldado otro mozo del pueblo que salió cojo y manco de la guerra, todo *según ley*.

Encontráronse un día el soldado y el pastor y se entabló este diálogo:

—¿Tu por aquí pastoreando?

—Ya ves... á las mil maravillas...

—¿Y el servicio?

—Me libré por la ley de meterme fraile.

—¿Y la cogulla?

—Me libré de la cogulla por la ley de dejar de ser fraile.

—¿Y no te han declarado prófugo?

—Me libré por la ley de haberme ordenado.

—¿Y la corona?

—Me libré de ella por la ley de dejar de serlo. Aquí tienes... un pastor protestante exceptuado del servicio militar en España.

¡¡TODO SEGUN LEY!!

### Servir al fraile, y no al rey, también esto según ley

—¿Tú por aquí, Cachupín?

—Como lo ves... ¿Y eso del ojo?

—Chico, que un revolucionario me dejó tuerto... Eso te debo á tí... y otras cosas.

—¿A mí? No me lo explico.

—Pues mira. El pueblo daba ochos soldados. Tú como en sorteo el número nueve; á tí te tocó el ocho; pero como tú te habías escapado á fraile, hubo de ir yo por tí... Y si no es porque perdí el ojo, todavía estaría en el servicio... ¿Y tú, qué haces?

—Pues, verás: por no gustarme aquella de soldado, me metí fraile... E hice bien, porque ¿en dónde tendría yo el ojo á estas horas? No llegué á hacer el voto solemne; y no gustándome lo de fraile, me salí...

—Y ahora cómo quedas?

—¡Cállate!... El Provincial, cuando uno sale del convento, lo primero que hace es avisar á la Guardia civil para que le cojan como prófugo...

—Vaya unas manías las del fraile!

—¡Si supieras!... Con esta amenaza de llevarlos al servicio, retienen á muchos, que trabajan como negros gratuitamente... Tú no sabes lo que uno se hace cobarde en el convento... Por no ir al servicio, se dejan allí aporrear... Y de

esto sacan negocio los superiores. «O aquí ó al Garu...», dicen.

—¿De modo que el servir al fraile es como servir al rey?

—Es mucho más, hombre. Porque el rey no puede impedir á un vasallo que se haga fraile; pero el fraile puede impedir que el mozo vaya al servicio del rey, mediándole la vocación por las narices.

—De modo que en España tenemos esa ley: el servicio del fraile equivale al servicio del rey...

—Cabal. Y á mí, por no servir al fraile, ahora me declararán prófugo.

—¿Prófugo del fraile?

—Prófugo del servicio del rey, por ser prófugo del servicio del fraile...

—¿Y á mí, quién me devuelve el ojo perdido?

—Píleselo al gobierno de nócrata.

—Se lo voy á escribir á los de mi pueblo: si no queréis exponeros á perder el ojo, meteos frailes.

—Lo mejor es otra cosa: que tú perdiste el ojo defendiendo lo mi convento, ¿no es así?

—Exacto... ¿Con que estabas allí?

—Allí estaba yo cogiendo los billetes de Banco para salvarlos de los revolucionarios.

—¿De modo que yo, soldado por haber huído tú del servicio, luego fui á defenderte á tí... y yo dejé el ojo en el convento y tú sacaste los billetes?...

—¡Ja... ja... ja...! ¡Las cosas de las leyes... Haberte metido fraile, amigo.

## Discreción y reserva

«Con la Iglesia hemos topado, Sancho amigo, y por tanto se impone la más absoluta reserva. «Guarda, que es podercol», decía el loco de Cervantes; y juzgados y periódicos se echan un cascado en la boca, haciendo gala de una discreción maravillosa é inusitada: peligra el honor y el prestigio de la Iglesia, mejor dicho, de los eclesiásticos, y el silencio se convierte en manto protector y en cómplice de todos los desafueros que realizan la sotana y el hábito.

Por cuatro palabras que deslizó en un telegrama al *Heraldo* su corresponsal en Barcelona, nos hemos enterado que un beneficio lo de aquella catedral ha cometido violencias asquerosas con un monaguillo, y que su padre habla presentado una denuncia al juzgado.

Ningún periódico liberal, republicano ni anticlerical de la ciudad condal se ha enterado de esto; ningún *reporter* barcelonés ha comentado, ni *levantado* esta escandalosa noticia. ¿Por negligencia? No; porque el juzgado es tan discreto, tan reservado en estos casos *eclesiásticos*, que resulta una obra heroica el intentar sólo la revelación del más mínimo detalle. Y lo sensible es que esta reserva no es hija de una imposición directa de la Iglesia, ni de sus miembros; se obra así por atavismo, por tradición, por rutina; porque el español lleva infiltrado en la médula el temor á la Iglesia y á sus cosas, cuya indignación se teme como la calamidad más espantosa; porque se la juzga la institución más grande y poderosa que existe sobre la tierra, depositaria de todas las llaves de las dispensas, y dis-



perfidia y arbitra de ir flujos, prestíjicos, honra y dinero.

A la Iglesia le sucede lo que al vendedor de pájaros de *La reina mora*, que vive solo del pregón; ella coloca mejor que nadie su propia debilidad, pero deja correr y fomenta la leyenda de su poderío omnipotente y de sus venganzas secretas y horribles, leyenda que sostiene en pie su carcomido pedestal, que su homenaje meticuloso sostiene en plé togas y plumas.

Si el juzgado ha de ser reservado, que lo sea siempre y para todos; si la Prensa ha de dar aire á todo lo que significa un delito ó una corruptela, que no haga una excepción de los de la Iglesia. En algunos casos llega hasta la repugnancia el servilismo que ciertos periódicos que pasan por avanzados tienen con los clericales. El *Diario Universal* no pudo soportar en su redacción al ilustre P. Ferrandiz, porque Romanos se asustaba de sus campañas; *Heraldo de Madrid* callaba los feos negocios de las Hermanas de la Caridad de la Inclusa, á ruegos del P. Garzón; *El Liberal* de Madrid, cuando lo dirigía Mariano Araus, fué al palacio episcopal á cantar la palinodia por un artículo que había molestado al obispo Sancha; *El Liberal* de Barcelona, cuando yo escribía en él y lo dirigía Darío Pérez, temblaba como un azogado ante cualquiera cosilla eclesiástica: lo único anticlerical que hay en su colección son los artículos que yo escribía con el pseudónimo de *Frasmo*. La *Correspondencia*, siendo Romeo anticlerical *in pectore*, es una prolongación del *Boletín Eclesiástico*; *El Imparcial* ha hecho más canónigos y obispos con los Gasset que arenas tiene el mar. Si se manda á cualquiera de estos periódicos un bombo ó reclamo eclesiástico, aparece en sus columnas infaliblemente; si se trata de una noticia poco grata á oídos clericales, va al cesto sin remisión, aunque la remita el Presidente del Consejo. Al *Heraldo*, que tantas majaderías ha dicho en loor de los clericales (aunque está corderado por *dieciocho obispos*) remít yo en cierta ocasión, por consejo de Manuel Buenc, un artículo de crítica religiosa, de tonos muy comedidos y respetuosos: hace de esto unos cinco años, y todavía estoy esperando su aparición; y eso que en aquella época era su director Francisco Rodríguez, oriundo de la redacción de *Las Dominicales* y compañero de propaganda antirreligiosa con Rosario Acuña.

¡Oh! Con la Iglesia chitón. «Puede matarnos, arrinconarnos, condenarnos á hambre perpetua». ¡La Iglesia! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué cosa tan terrible!

Si esto es así, ¿cómo estamos todavía en pie Nakens, el P. Ferrándiz, Pey Ordeix y un servidor, que llevamos años y años disparando bala roja contra la Iglesia, sus honores y sus cosas, con el bifo y la acometividad que demuestran nuestros artículos y nuestros libros? Nosotros no hemos dejado sin su varapalo, justo y merecido, á ningún chirimbo eclesiástico, desde el Papa hasta el último monaguillo, y sin embargo, estamos tan frescos y tan tranquilos. Por nada del mundo se atrevería un rotativo de los de gran tono á enviar una línea poco grata contra la Compañía: N. Kena, Pey y Ferrándiz han escrito libros demoleedores contra los

jesuitas, y nadie les ha turbado un solo dña la digestión.

Los Juzgados y la Prensa son discretos con los desahucios de los curas y frailes, no por simpatía, sino por temor á la Iglesia; y la temen porque no la conocen. La Iglesia no hace víctimas más que en aquellos que se le entregan atados de pies y manos, y se le meten por la boca: la Iglesia no intimida más que á los que no la conocen. A que los hombres se convenzan de que este coloso no encierra en sus entrañas más que trapos y serrín, es á lo que tienden las campañas de los que marchamos á la vanguardia del anticlericalismo.

FRAY GERUNDIO

## Listas civiles

Lo que cobra al año por término medio, el obispo de Madrid—*J. A. Caló*.

(DATOS DE FERRÁNDIZ)

	Pesetas
Por 2.000 licencias anuales á sacerdotes para ejercer su ministerio, y que debían ser gratuitas.....	4.000
Por 200 testimonios para pasar los clérigos á otros obispanos y acreditar aptitud..	2.000
500 licencias á los curas para ir de bños.....	2.000
600 licencias á hermandades ó particulares para poder exponer la Eucaristía en la custodia.....	6.000
100 licencias para capilla ardiente en el edificio mortuario.....	5.000
13.000 licencias para enterrar en los cementerios católicos	65.000
Licencias para traslación de cadáveres (término medio).	25.000
1.000 licencias de revisión de epitafios en cementerios católicos.....	5.000
10 permisos para establecer oratorios particulares.....	20.000
900 suscripciones al <i>Boletín Eclesiástico</i> (libres).....	4.500
Derechos al obispo en la delegación de capellanías, mandas piadosas, censos, etc...	100.000
293 misas que aplica el obispo.	4.500
Por derechos de Vicaría en unas 5.400 bodas anuales...	135.000
100 dispensas de amonestaciones.....	15.000
50 esponsales en casa de los contrayentes.....	12.500
50 casamientos en oratorios particulares.....	12.500
Revisión de libros de Colección.....	2.000
Donativos á la mitra.....	50.000
Suma.....	748.965
Sueldo del Estado.....	55.000
TOTAL.....	783.965

Creo haber demostrado en mi ya larga vida, que tengo escaso espíritu religioso; y digo escaso, por no chocar de frente con las ideas predominante: debí decir que no tengo absolutamente ninguno.

Pero con la misma sinceridad que reconozco eso, declaro que si me ofrecieran todas esas cantidades por hacer lo que el obispo de Madrid, me sentiría súbitamente atacado de tal fervor religioso, que saldría por esas calles soltando bendiciones á todo bicho viviente y gritando con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Hay Dios! ¡Hay Dios! ¡Hay Dios! ¡Yo lo sostengo y lo puebo!»

Son muchas razones de peso las que aportan 783.965 pesetas anuales para no llevar al colapso del ateísmo más irreducible el convencimiento de que existe un Dios bueno y justo que vela por sus criaturas...

Sobre todo cuando se las ingenian para llegar á obispos.

## La lámina de hoy

Es horrorosa, pero explicable dentro de la ferocidad católica.

En 1581 hubo en Valladolid un hombre que delató á la Inquisición á dos hijas suyas por profesar las doctrinas de Lutero.

Fueron presas por el Santo Oficio y encerradas en los calabozos, donde entre aquel padre malvado y los frailes trataron de hacerlas volver al catolicismo, mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra la firmeza de las jóvenes.

Viendo cuán poco adelantaba con sus consejos, el bárbaro padre instigó á los jueces para que condenaran á sus hijas, y en efecto, fueron sentenciadas á muerte.

Temiéramos no ser creídos si continuáramos la narración de este desbordamiento de ferocidad; dejemos la palabra á D. Adolfo de Castro:

«El padre, ufano con el castigo de su sangre, mancillada con las opiniones de Lutero, y arrastrado por una frenética demencia, tomó el camino de cierto bosque que le pertenecía para dejar en él las ramas de los árboles mayores y dividir el tronco de los menos robustos con el fin de que sirviesen de leña en las hogueras que iban á devorar los cuerpos de sus hijas.

Este bárbaro, digno de haber nacido entre caribes, volvió á Valladolid con los despojos que había sacado de su bosque y los presentó á los jueces del Santo Oficio. Estos loaron la grandeza de ánimo de aquel monstruo de ferocidad y fanatismo, y lo pusieron por ejemplo á los nobles y al vulgo, para que su acción hallase imitadores en acrecentamiento y servicio de la fe que imaginaba defender por medio de las llamas.

Aun no satisfecho el caballero con haber cortado la leña que había de abrasar el cuerpo de sus hijas, quiso, incitado por las alabanzas de sus amigos, así eclesiásticos como seculares, asombrar aun más á Valladolid convirtiéndose en matador de su propia carne y sangre.

Después de ser enemigo de sí, arrastrando á las mazmorras del Santo Oficio á sus hijas y trayendo los maderos para formar las hogueras, solicitó de



Los inquisidores el permiso de quemar por su mano en auto público de fe la leña destinada á reducir á cenizas á las tristes doncellas, infelices en tener tales jueces y más infelices todavía en haber conocido á un padre, hombre en las formas, caballero en los dichos, ti gre en los sentimientos, ostra en el raciocinio y verdugo en las obras.

Los inquisidores que en el hecho de este bárbaro veían un modelo de esclavos, recibieron benévolamente su de manda, y para exaltación de la fe, pu blicaron con el son de atabales y trom petas, así la solicitud del caballero co mo el permiso del Santo Oficio.

Las dos desdichadas doncellas mu rieron en Valladolid el año de 1581. El nombre de su padre ha quedado oculto entre las sombras del olvido. Allí lo acompañará eternamente la execración de los buenos.

No creo que exista nada más horri ble en la historia de religión alguna.

Un hecho así debería bastar para que todas las personas de sentimientos no bles, abominasen de una Iglesia que inspira, aplaude y sanciona hechos tan monstruosos.

## La enseñanza en España

### En Madrid

Da actualidad á este tema el folleto que hemos recibido con el dictámen presentado al Ayuntamiento de Madrid para la construcción de escuelas, por los concejales republicanos Dicenta, Vilariño y Dorado.

Sólo falta ahora que presentar un proyecto para la construcción de maes tros; pues si tenemos escuelas sin maes tros o con maestros como los que cons truimos, tendremos lo que ocurre con las Bibliotecas: magníficos palacios pa ra solaz de los señores bibliotecarios.

Pero, en fin, el proyecto es toda una obra.

Del «estado de las escuelas públicas», que se halla en la pág. 20, resulta que, después de oien años de Monarquía Constitucional que ha depredado mu nicipios, diputaciones, desamortiza ción, bienes del Estado, instrucción y beneficencia, ha dejado una ciudad, Corte de la Monarquía, con 5 670 niños que asisten á las escuelas públicas, sobre 32.137 niños de seis á doce años que corretean por las calles.

Irual cuadro presentan las niñas.

Es cierto que de ellos hay 12.384 que asisten á escuelas privadas, fundadas generalmente por los santones monár quicos compradores de bienes de la Iglesia, chanchulleros del Estado y agiotistas del negocio oficial.

Esto, en vez de probar en favor de la Monarquía, prueba que los fundadores de escuelas, al sustraer sus institucio nes al Estado y al fundarlas bajo cláu su las particulares y con carácter pri vado, ó no se proponían propagar la verdadera instrucción, sino una corrup ción particular y deteminada, disfra zada de instrucción; ó bien que no re conocían en el Estado y corporaciones oficiales la capacidad necesaria para la administración de esta instrucción. Y como quiera que estos fundadores eran los mismos favoritos y paniaguados de

la Monarquía, de aquí que su voto es decisivo contra nuestra Restauración, declarada incapaz para la misión esco lar por sus propios santones y confesa de corruptora en otro caso, ya que los particulares de la Monarquía han pro tegido y fomentado la enseñanza pri vada y nada han hecho por la enseñan za pública.

Este cáncer y esta vergüenza monár quica sacan á relucir en su proyecto los susodichos concejales. ¡Cincuenta mil niños madrileños carecen de escuela municipal!

\*\*\*

Muchos frailes y monjas con antifaz de maestros han subido las escaleras de Palacio; muchas gentiles damas y ministras han acudido á las fiestas de colegios privados; muchos donativos sa lieron para éstos de las arcas naciona les de todas categorías; nunca se ha oído decir que estas eminencias se dig naran honrar las escuelas públicas, ni siquiera los institutos, ni las Universi dades... ¡para qué!

Y así hemos llegado al año de gracia monárquica 1911 con un batallón infan til de 25.000 niños y otras tantas niñas sin escuela municipal.

Y hemos llegado á esta otra conclu sión más vergonzosa:

Niñas que asisten á escuelas públicas.....	5.682
Niñas que asisten á escuelas privadas.....	12.384
Niños de las escuelas públicas.....	5.670
Niños de las escuelas privadas.....	13.767

Es decir: contra 11 000 niños que re ciben enseñanza pública, hay 26 000 que la reciben clandestina, ó privada, es de cir, no municipal; y éstos, sumados con los otros, producen un total de 37.000 criaturas abandonadas del municipio.

El cuadro de la corte monárquica es bastante expresivo.

\*\*\*

¿Qué saca la Monarquía de su sistema pedagógico?

Ha sacado lo siguiente:

Una Universidad Central que es un portento de desbarajuste, de profes o res huelguistas y de estudiantes juer guistas.

Una Central de maestros con cada catedrático que asombra y que dispen san todos los defectos, sin exceptuar los físicos.

Unos Institutos que dan lástima.

Unas escuelas que dan grima.

Y una instrucción nacional que ma ravilla á propios y extraños.

Además, unas Academias brillantísi mas y esplendorosas por las grandes orejas de sus académicos.

Y luego mucho fraile, mucho conven to, mucha alcahuetería y mucho pio joso.

¡Viva el Papa-Reyl!

¡Viva la Eucaristía!

¡Viva D. Julián!

¡Viva Narizotas!

¡Viva D. Pedro el Cruell!

¡Viva la Inquisición!

¡Vivan las caenas!

¡Vivan las albardas!

Quedamos, pues, en esto: en que Di centa, Vilariño y Dorado con su proyec to han sacado á la pública vergüenza la Escuela restaurada por la Monarquía.

Esos veinticinco mil niños analfabe tos que aprenden á ser esclavos, y esos otros veinticinco mil que aprenden pri

va damente á ser negreros, explican per fectamente la continuación de la Mo narquía.

Por esto esperamos que todos los mo nárquicos libren batalla contra este proyecto que viene á romper una de las cuatro patas de la mesa de nuestros Baltasares, escribiendo en las fachadas de las escuelas el «mañana morirás». ¿Cómo sostener esta mesa sin la majes tuosa ignorancia y soberana hipocre sía del pueblo de nuestra villa y corte?

Esos cincuenta mil ciudadanos que se renuevan cada seis años, son el pue blo de las caenas y de las albardas; el pueblo aquel que construía calabozos para la Inquisición, que llevaba á cues tas los haces de leña, y que se alborozaba ante los autos de fe.

## El Estado y su suplemento

*Una nueva socialiña eclesiástica, á pretexto los emigrados en Francia*

Hay una junta de Emigración, cuyo objeto preciso no conocemos. Más que de una junta nacional y patriótica tene mos idea que se trata de una gerigonza antipatriótica y antinacional, que, en vez de canalizar la emigración é inmi gración en bien del pueblo español y en provecho de los nacionales, se pro pone quizás dificultar la salida de los que debieran emigrar, de igual modo que los políticos con sus desati nos obligan á emigrar á los que debie ran quedar en casa.

Ya otras veces ha publicado este pe riódico escritos sobre este propósito que luego hemos visto prohiar y apro piarse otras publicaciones velando ou doramente el origen. Una de ellas fué, la necesidad de organizar los diputados de las colonias españolas residentes en el extranjero.

Esos emigrados que tienen puesto su corazón en España, que tienen acá sus padres y que contemplan la península como casa paterna; esos españoles que envían acá sus sudores y que al regre so traen los frutos de su ahorro y de su experiencia, tienen perfecto derecho á intervenir la cosa pública con el voto expresivo de sus anhelos y de sus ex periencias.

Faltan muchas cosas más y hay otras muchas razones en favor de esta cam paña.

En este artículo hemos de tratar de un hecho vergonzoso para el Estado y perjudicial para el liberalismo.

Trátase de una familia Nonell, que debe ser descendiente de la tribu de Leví, pues ha creado hijos para llenar las órdenes monásticas de varones y de hembras, sin contar los que han sa lido del claustro. Hay un P. Nonell je suíta, un franciscano, un dominico, una Madre Nonell carmelita, otra ca puchina, otra... en fin, que eso de No nell parece sinónimo de fraile.

Uno de esta familia anda ahora por el Mediodía de Francia, y de sus talentos frailunos sirve de muestra una empre sa que tiene en proyecto, de crear no sé qué fundación en favor de los espa ñoles emigrados en aquel país, los cua les, á decir del fundador de este fondo, fondo ó infundio, se mueren por falta de protección, y sobre todo por falta de pan y de catecismo.



Lastimado en su corazón de fraile é inspirado por su genio especulador, el fraile Nonell está haciendo circular por entre las gentes devotas una seflama pidiendo dinero, dinero y dinero, que es el manjar de la Iglesia y el alimento de los santos. Y para sitios de colecta, señala los individuos de su numerosa familia: el fraile, la monja, la hermana, la lega y el sacristán, el uno en Manresa, el otro en Pekín y el otro en... todas partes, como Dios.

Vaya, que esta familia se ha constituido en sociedad Nonell, Hermanos, Sobrinos, Tíos y Compañía para explotar el negocio.

Esta fundación en favor de los españoles, resultará una segunda edición de la del marqués de Casa Riera en París, que es fundación en favor de la fraillería que devora los frutos de la beneficencia española.

Allá en París, la célebre fundación del marqués que tantos bombos le ha valido, quedó reducida en un lindo chalet donde celebran sus idilios místicos unas cuantas hermanitas y hermanitos, franceses en su mayoría.

Tuvieron en su principio un comedor cuadra; después de algún tiempo lo suprimieron, porque los comensales, en vez de dar gracias á Dios como las monjitas después de su fuerte comida, blasfemaban de Dios por lo tacaño de la menestra, por lo mísero de la forma y por lo miserable del escenario.

Por último quedó reducido á dar á los socorridos recomendados un bono de 80 céntimos, que el interesado ha de canjear por pan en tiendas señaladas de antemano; y con decir que para ir á buscar el bono necesita un viaje de varios kilómetros, y otro de varios kilómetros para el canje, queda dicho que en zapatos y en saliva para blasfemar gasta el socorrido más de los 80 céntimos del ala.

En resumen: que el asilo aquel es un monumento que se ha dedicado á sí mismo el famoso Casa Riera, para llamarse *benéfico*, y una mina para las hermanitas que al partir y repartir... nunca vuelven sin tocas ni zapatos á casa, por habérselos dado al socorrido.

Y esto decimos. La Farándula esa Nonell, hermanos, tíos, sobrinos y compañía busca favorecer los emigrados, ó regar con una administración *irresponsable* donde puedan adueñarse de las lástimas de los bienhechores?

Por lo pronto los emigrados de allí harán bien en no dejar de seguir la pista á aquel Nonell, que no sería fraile si no tuviese alma de esbirro y de policía y que mejor que limosnas á los emigrados repartiría trabucos á los re que es para armar partidas.

Y esto dicho para formar un contraspiónaje á ese espionaje frailuno de la frontera, hemos de hablar del hecho en lo que respecta al Estado.

¿No es vergonzoso que estas iniciativas de protección á los nacionales hayan de partir de esa gentuza encapuchada, que acumula millones por sistema, á costa de las miserias de abajo y de la buena fe de arriba, desviando y robando la piedad? ¿No es asqueroso que los españoles en París no tengan más amparo que ese de las enaguas mujiles, y que la Iglesia tome iniciativas de *Madre* supliendo los deberes

del Estado, para sus fines de proxenetismo religioso?

¿Para qué sirven los cónsules, sino para estudiar, exponer y requerir al Estado sobre las necesidades de los nacionales, lo cual no está reñido con el cobro honrado de sus nóminas y de rechos?

¿Han de ver los españoles más asiduidad en la Iglesia madrastra, que en la Patria Madre?

Y, por último, ¿qué pito toca en estos asuntos la Junta de Emigración?

## Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

### La muerte del marrano

¿Cómo, cómo te envidia pesaroso  
el buey que arrastra el bienhechor arado!  
El á jugos y rejas condenado;  
tú, por designios de la suerte, ocioso.

El apenas descansa fatigoso;  
tú siempre en la pocilga arrellenado;  
á él le miden y tasan el bocado;  
tu engullas á placer grano sabroso.  
¡Pobre animal! ¿Tu suerte envidiaría  
el buey uncido, si prudente fuera?  
Pero ¡envidioso al fin! el buey es ciego:  
no ve que el hombre que tus carnes cria  
y te da sin medir la cochinería.  
te engorda, si... ¡para comerte luego!

### Los memoriales

«Señor, ¡que están muy secos los sembrados!  
Concédenos la lluvia salvadora.  
—Haz, Señor, que no llueva por ahora:  
los buechitos están en cadados.  
—Señor, ¡que están sin hierba los ganados!  
De es hierba tu mano protectora.  
—Señor, ¡que tanta hierba pecadora  
se nos come los trigas desmadrados!  
—¡Del verano, Señor, el fuego envía!  
—¡Banos, Señor, las nieves del invierno!  
—¡Señor, que se nos mueren los lechones!  
—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Señor!... ¡Qué algarabía!  
¡Pues ya tiene trabajo el Padre Eterno  
si ha de atender á tantas peticiones!

### En la tahona

Con los ojos vendados noche y día  
y amarrada á la viga recrugiente,  
da vueltas á la piedra la paciente  
mula que azota sin piedad el guía.  
Titura el rubio grano, que lucía  
ha poco en el granero, diligente,  
y es luego blanca harina y pan caliente.  
del hogarán regalo y alegría.  
Así también el bárbaro destino  
del que amarrado á sus cadenas llora  
y nunca el premio de trabajo alcanza.  
¡Cuántos, como la mula del molino,  
trabajan sin cesar hora tras hora  
para que llene el hogarán la panza!

### La gratitud

Arbol que fesco e cees y lozano,  
tendiendo tu ramaje, cariñoso,  
al pcb e caminante fatigoso  
en los ardientes días del verano.  
Da tu poder y tu bondad ufano,  
ya las flores de aroma delicioso,

ya el fruto sazonado y primoroso,  
brindas al hombre con bondosa mano.

Y aún haces más, porque le prestas cuna  
cuando surge á la vida, y cuando muere  
en el útero de la vida descansa luego.

¡Y él cercena tus ramas una á una,  
y con el hacha sin piedad te hiere,  
y, cuando seco estás, te arroja al fuego!

D. LORENZO DE MIRANDA

Un posadero fué á confesarse, y el cura le preguntó si había alguna vez untado con sebo los dientes de las caballerías de sus parroquianos para que no pudieran comer la cebada.

—Nunca, contestó el posadero.

A la confesión siguiente, el posadero se acusó de haber cometido muchas veces el pecado de que la otra vez estaba inocente.

—¿Cómo es eso! Así se enmienda, hermano, que antes no untaba los dientes de las bestias y ahora sí?

—Es que hasta que su merced me lo enseñó, yo no lo sabía.

## ALMANAQUE

DE LA

## INQUISICIÓN

POR

## EL MOTIN

Precio: UNA PESETA

Cuando llegue este número á manos de los suscriptores, se habrá empezado á enviar los pedidos de este libro de 208 páginas y veinte láminas, cuyo índice es el siguiente:

Advertencia.—Dedicatoria.—Efemérides sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

## LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA



# EL MOTIN



**Jóvenes quemadas vivas el año 1581 en Valladolid,  
por haberlas delatado su padre á la Inquisición.**



## Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LEC. XXXIV.—DE LAS ORDENES RELIGIOSAS EN GENERAL

1. PADRE.—¿Cuántas son las Ordenes religiosas?

HIJO.—Cuatro órdenes llamados regulares y más de cincuenta institutos y congregaciones.

2. P.—¿Cómo interviene el Papa los intereses de las Ordenes?

H.—Por medio de la amenaza de su presión, que es la fuerza de muerte de las Ordenes.

3. P.—¿Le es fácil al Papa suprimir las Ordenes?

H.—Facilísimo; del modo siguiente: hay una Congregación con funciones de policía y de tribunal, á donde acuden todas las acusaciones y quejas de los obispos contra los religiosos, de unas órdenes contra otras y de unos religiosos contra otros. De este modo cada orden tiene siempre un cúmulo de procesos escandalosos y de delitos, sobre los cuales el Papa puede fundamentar la supresión de la Orden y su desprestigio. Para evitar la difamación y la supresión, las Ordenes han de sucumbir a cuanto el Papa exige.

4. P.—¿Es sólo el Papa el beneficiario y explotador de las Ordenes religiosas?

H.—No, señor; los cardenales romanos, que componen aquella Congregación, hacen el oficio de abogados protectores, sometiendo las Ordenes á tenerles contentos y á retribuir sus buenos oficios, con lo cual se enriquecen infinitamente.

5. P.—¿Qué exige el Papa de los religiosos?

H.—Que le sirvan en sus planes políticos agitando los pueblos y canalizando las limosnas hacia la Santa Sede.

6. P.—¿Podrías poner algún ejemplo concreto?

H.—Sí, señor. En el testamento de la duquesa de Pastrana, arreglado por los jesuitas, éstos mandaron entregar al Papa un millón de pesetas y ellos se quedaron con el resto.

7. P.—¿De modo que el Papa va á partir con los frailes en todos sus grandes negocios?

H.—Sí, señor; y si no lo hiciesen, demostrarían poca fe y poco celo por la Iglesia y serían suprimidas y no podrían verificar los negocios que hacen merced á la bendición papal.

8. P.—¿Qué juicio general aporta la Filosofía de la Historia sobre las Ordenes religiosas?

H.—Que generalmente fueron fundadas como protesta contra los vicios del clero del tiempo en que se fundaron, para luego corromperse y convertirse en nuevos centros de los mismos vicios ó peores, como ocurrió á la Iglesia.

9. P.—¿Que relación tienen con el clero secular?

H.—No tienen más relación que la rivalidad; el clero regular es el detractor y fiscalizador del clero parroquial, habiendo sido causa de continuos pleitos y luchas.

10. P.—¿Cómo el Papa protege estas Ordenes contra el clero parroquial?

H.—Porque estando sometidas directamente al Papa, sirven á éste directamente y forman un obispado romano dentro de cada obispado, extendiendo así el Papa su dominio de obispo de Roma sobre los otros obispados y parroquias.

11. P.—¿Qué saca el Papa de este servicio?

H.—Primero, saca el espionaje sobre obispos y curas, para poder perseguir á los que no le dan gusto. Segundo, aquellas sumas de dinero, haciéndose dueño de una parte de los bienes que con sus artes adquieren los religiosos.

12. P.—¿Qué objeto persigue el Papa con la destrucción del clero parroquial y con la propagación del regular?

H.—Se propone adueñarse de todos los bienes é influencias de la Iglesia en todo el mundo, anulando la influencia de los pueblos y de las autoridades en la elección del clero secular, para formar un clero que dependa total y exclusivamente de Roma.

13. P.—¿Los Estados ven el peligro de esta suplantación?

H.—Sí, señor; por esto Francia exigió de los frailes estar sometidos á los obispos nacionales; y antes que conceder esto el Papa, prefirió la separación de la Iglesia y del Estado.

LEC. XXXV.—DE LOS FUNDAMENTOS DE LAS ORDENES RELIGIOSAS.

1. PADRE.—¿Cuáles son los fundamentos de las Ordenes?

HIJO.—El voto de *pobreza forzosa*, con el cual se han hecho inmensamente ricas; el de *obediencia*, con el cual se han hecho rebeldes á las leyes y autoridades; y el de *castidad*, que ha causado grandes inmoralidades y escándalos, ostentando la virtud por fuera y los vicios por dentro.

2. P.—¿Prestaron algún bien las Ordenes religiosas?

H.—Sí, señor; en determinados tiempos y lugares respondieron á verdaderas necesidades sociales, y entonces fueron útiles. Mas habiendo desaparecido las necesidades aquellas, son inútiles para el servicio y perjudiciales por el consumo de energías que hacen inútilmente y en daño del progreso.

3. P.—¿Cómo no hay que juzgar el daño y provecho que causan las Ordenes religiosas?

H.—Hay que juzgarlos comparando el beneficio con el perjuicio, y en los beneficios hay que compararlos con las energías sociales que consumen.

4. P.—¿Cuál es el juicio sintético de esta moralidad de las Ordenes religiosas?

H.—Que, comparando las actividades que han ocupado, las riquezas que han consumido y los medios de que han dispuesto, los servicios prestados á la humanidad son muy pequeños, y en cambio los daños ocasionados por ellas son muy grandes.

SINTESIS CRÍTICA DEL CLERO CATÓLICO

5. P.—En orden á la libertad social ¿qué debe pensarse del clero romano?

H.—Que es organizado por un sistema esclavista como jamás conocieron los siglos de mayor esclavitud.

6. P.—Explícame esto en cuanto al clero secular.

H.—En cuanto al clero secular, el fraile el paria del párroco, sin nin

gún derecho y cargado de deberes: sin derecho á educar sus hijos, á impedir el contacto de la mujer con los clérigos y á imposibilitar la seducción de los menores; sin derecho á su cadáver, á su fortuna, á su conciencia ni á su fama póstuma. El párroco es el paria del obispo; éste lo es del Papa; obteniendo cada uno más ó menos libertad, á trueque de esclavizar más ó menos á otros en provecho del Papa.

7. P.—¿Y en cuánto al clero regular?

H.—Hay un grado ínfimo de esclavos: son los alumnos de los colegios, los enfermos de los hospitales y los refugiados de sus asilos, faltos de todo derecho civil y político, sin un momento de libertad, reclusos como presidiarios, forzados á moverse, á comer, beber, dormir, rezar, callar, pensar y hablar con esclavitud total, sin amparo de las leyes que no alcanzan á fiscalizar los crímenes, ni de la humanidad á la cual están secuestrados.

8. P.—¿Por qué dices que jamás hubo esclavitud como esta?

H.—Porque al peor esclavo se le concedió siempre el derecho al rancho, y aquí no; se le concedió el derecho á la familia, y aquí no; se le concedió el derecho á comunicarse con sus hermanos, y aquí no; se le concedió derecho al jornal, y aquí no; se le concedió algún medio de rescate, y aquí la esclavitud es perpetua. La Iglesia exige el servilismo total de todas las facultades, y todo lo que da lo da á título de limosna degradante.

9. P.—¿Cuál es, pues, la acción social de la Iglesia en este punto del esclavismo?

H.—La de haber combatido la esclavitud ejercida como derecho público por los particulares, á fin de establecerla y explotarla el clero como monopolio eclesiástico con pretexto religioso.

S. P. O.

(Se continuará)

## LA CORNETA, LA CAMPANA Y EL MARTILLO

El cuartel y el convento están pared por medio. Enfrente hay un herrero.

Las golondrinas que revolotean junto al campanario dicen algo que entienden los vencejos, posados en los aleros de los tejados.

En todo són hay palabras. El hombre sólo entiende las suyas.

La campana y la corneta, cuando cesan sus obligaciones del día, se cuentan algo. La corneta le dice á la campana:

—Yo toco á diana, á rancho, á revista, á la oración, á la retreta; yo represento la fuerza, la disciplina militar, las glorias de la guerra, el sostén de la patria. Tú eres cantora del quietismo, reo del tiempo perdido, la incitación al rezo, la pereza que sueña...

La campana responde:

—S; y el dulce sonido que resuena en todos los corazones; incito á orar; recuerdo en el *Angelus* cada día que nace, cada tarde que muere; le enseño



al caminante el fin de su jornada; cada sonido mío es un cántico á Dios.

La corneta replica:

—Todos tus echos recuerdan que guardas soldados sin armas, fuerzas perdidas, ciudadanos que no trabajan, hombres inútiles para la tierra, que reclama sus brazos. Oye, oye cómo responden los soldados á mi voz: ya acuden, ya forman, ya van á salir con marcial gallardía; por ellos viven en paz tus frailes; ellos les guardan la casa, y en tanto tus obedientes subordinados bajan al coro á rezar maitines. ¡Vivan los soldados!

La campana voltea:

—Los soldados son la guerra, la destrucción, la sangre... Mis santos hermanos son la paz: toca, toca tu diana mientras yo llamo á los santos varones á la misa primera. Oye, oye cómo bajan rezando, olvidados del mundo, que es el peligro, el pecado, la pasión y la lucha. Aquí no luchamos: ¡creemos!

El herrero golpea el yunque; el martillo también habla; el martillo increpa:

—¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!... ¡Callad, cornetas y campanas!

¡Oid, oid, oid el son de la vida y de la humanidad meritoria!

Vosotros sois cantores de cosas pasadas: la guerra y la clausura. Ni una ni otra podéis cantar la libertad, porque sonáis para siervos distintos, pero siervos todos. ¿De qué sirven unos y otros? ¿Qué labran, qué producen? Los unos, preparados siempre á destruirlo todo; los otros, destinados á no edificar nada útil. Unos son del Estado, otros son del claustro. ¡Estado! ¡Claustro!... ¡Palabras huecas!

¡Oid, oid, oid! Este es el són del siglo, la voz de millones de héroes desconocidos, eternamente pobres, perdurablemente trabajadores.

¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!... El sonido lo dice: soy el pan bien ganado con el sudor de mil millones de frentes.

¡Cornetas!... ¡Campanas! ¡Atrás! Yo soy el pan! ¡Yo soy el trabajo!...

PEDRO A. ALARCÓN

## Comparación entre Cristo y el Papa

Cristo dijo:—Mi reino no es de este mundo.

—El Papa conquista las ciudades por la fuerza.

—Cristo tenía una corona de espinas.

—El Papa lleva triple diadema.

—Cristo lavó los pies á sus discípulos.

—El Papa se los hace besar por los reyes.

—Cristo pagaba los tributos.

—El Papa los cobra.

—Cristo nutría sus ovejas.

—El Papa las esquilma á su provecho.

—Cristo era pobre.

—El Papa procura hacerse dueño del mundo.

—Cristo llevó la cruz sobre sus espaldas.

—El Papa se hace llevar en hombros por sus servidores con librea dorada.

—Cristo despreció las riquezas.

—El Papa no tiene otra pasión que la del oro.

—Cristo expulsó los mercaderes del templo.

—El Papa los acoje en él.

—Cristo predicó la paz.

—El Papa es la llama de la guerra.

—Cristo era la mansedumbre.

—El Papa es el orgullo.

—Cristo subió al cielo.

—El Papa bajará al infierno.

—Las leyes que Cristo promulgó, su vicario se las pone debajo de los pies.

«Vivía á fines del siglo xiv y principio del xv, un italiano llamado Pasquino, de oficio sastre que fué muy popular por sus sátiras.

Una de las más famosas es la que acabamos de traducir.

EMMANUEL PRATS MOREL

Barcelona.

## Un día de lluvia en China

El hijo del cielo—¡ojalá su nombre sea más imperecedero que el Universo! —el Emperador Li-Da, estaba de pie junto á una ventana de su palacio de porcelana.

Era joven, y por consiguiente, bondadoso. En medio de su lujo y esplendor no se olvidaba nunca de los pobres y desgraciados; sin cesar pensaba en ellos.

La lluvia seguía cayendo á cántaros: el cielo lloraba amargamente y los árboles y las flores acompañándolo en su dolor, derramaban abundantes lágrimas.

Tan graciosa tristeza aquejaba al Emperador, que su corazón sufría, y al fin exclamó:

—¡Pobre infeliz el que con esta lluvia no tenga sombrero!

Y dando una vuelta añadió, dirigiéndose á su chambelán:

—Desearía saber cuántos desgraciados hay en mi Pekín que no tienen sombrero.

—Luz del Sol—contestó Sung-He-Sang, cayendo de rodillas y doblando la cabeza:—¿hay algo imposible para el soberano de los soberanos? A la hora de la puesta del sol sabréis por padre de la aurora! lo que deseáis.

El Emperador se sonrió amablemente, y Sung He Sang salió lo más pronto que pudo en busca del primer ministro San Che-San. Corrió tanto, que apenas podía respirar, y en su apuro no tuvo tiempo para rendirle al primer

ministro todos los honores que le eran debidos.

—La alegría del Universo, nuestro muy gracioso Emperador—exclamó sin aliento,—está grandemente perturbado. Esos hombres que andan por las calles de nuestro Pekín sin sombrero, lo inquietan y quiere saber hoy mismo cuántos son.

—¡Son unos bribones!—contestó San Che-San.

Ordenó que llamasen en el acto á Pi-He Vo, el jefe de la ciudad.

—¡Malas noticias de Palacio!—exclamó, cuando Pi He Vo casi pagó la cabeza al suelo en señal de respeto;—el Señor y dueño de nuestras vidas ha notado cierto desorden en la ciudad.

—¿Qué?—dijo Pi-He-Vo con espanto.

—¿No hay acaso un hermoso jardín boscoso y sombreado que oculta el palacio de la vista de Pekín?

—Yo no sé cómo ha sucedido—replicó San Che-San,—pero Su Majestad está terriblemente perturbado por esos pillos que, sin sombrero, salen bajo la lluvia; desea saber hoy mismo cuántos hay en Pekín. Es preciso que arregléis eso.

—¡Llamad á ese bruto viejo de Yur-Sun, en el acto!—gritó Pi He Vo un minuto después á sus subalternos.

Y cuando el jefe de los centinelas de la ciudad, pálido de terror y todo tembloroso, se arrojó á sus pies, el mandarín lanzó una verdadera lluvia de maldiciones sobre su cabeza.

—¡Bribón, impío, miserable, traidor! ¿Quieres que todos seamos hechos añicos juntos contigo?

—Explicad la causa de vuestro enojo—dijo Yur Sun tiritando aterrado á los pies del mandarín,—para que pueda comprender las consoladoras palabras que me decís. De otro modo, temo que no pueda descifrar el lenguaje de vuestra sabiduría.

—¡Perro viejo, que debías cuidar más bien una pira de cerdos, y no ser jefe de los centinelas más grandes del mundo! El soberano de la China en persona ha notado que hay indicios de desorden en la ciudad, que andan por las calles grupos de bribones vagando en medio de la lluvia sin sombrero. Te doy de plazo hasta la tarde para que me digas cuántos hay de esa condición en Pekín.

—Todo se ejecutará con la mayor exactitud—contestó Yur Sun, dando tres veces con su frente en el suelo; y en un abrir y cerrar de ojos llamó á sus centinelas, los cuales se reunieron al oír el tañido ensordecedor del gong.

—¡Bribones, á la mitad de vosotros voy á ahorcar, y á la otra mitad la pondré á asar sobre rescoldo y brasas!—gritó furioso.—¿Cómo cumplís vuestros deberes? ¿Es ese el modo de cuidar la ciudad? ¿No veis que la gente anda bajo la lluvia sin sombrero? Cogedlos á todos.

Los centinelas salieron corriendo á cumplir la orden, y durante una hora verificóse en las calles de Pekín una verdadera cacería de hombres.

—¡Detenedlo! ¡agarradlo!—gritaban los centinelas, persiguiendo á los que no tenían sombrero.

Los arrastraban fuera de los cercos, de las portadas y de las casas donde se habían refugiado como ratones perseguidos por los cocineros para preparar un «ratgout». Y un minuto antes de la hora fijada, todos aquellos que no te-



ñan sombrero estaban dentro de la prisión de la ciudad.

—¿Cuántos son?—preguntó Yur Sun.

—20,571—contestaron los centinelas.

—¡Ejecutadlos!—replicó Yur Sun.

Media hora después yacían en el patio de la cárcel los cuerpos sin cabeza de 20571 chinos.

Yur-Sun se encaminó á dar cuenta á Pi He Vo, que avisó á San Che San, y el ministro informó á Sung He Sang.

La noche se aproximaba y la lluvia había cesado; se había levantado un viento suave que sacudía los árboles y un rocío de diamantes había esparcido de los árboles á las fragantes flores, que brillaban y relucían bajo los rayos del sol poniente.

Todo el jardín respandecía de belloriza y exhalaba delicado perfume, y el Hijo del Cielo, Li Da, de pie junto á una ventana de su palacio de blanca porcelana, admiraba el maravilloso paisaje.

Pero como era bueno y joven, no se olvidaba de los desgraciados, ni en aquel momento de placer.

—A propósito—dijo volviéndose á Sung He Sang—¿no recuerdas que me prometiste averiguar cuántos hombres había en mi ciudad de Pekín que no tenían sombrero para protegerse cuando llovía?

—¡El deseo del Señor del Universo ha sido cumplido por sus servidores!—contestó el chambelán haciendo un profundo saludo.

—¿Cuántos son?—Ten cuidado y dime la verdad!

—En todo Pekín no hay un solo chino que no tenga sombrero para cuando llueve. ¡Juro, mi soberano señor, que esto que es digo es la verdad absoluta! Y Sun He Sang levantó é incluyó la cabeza, como prueba de sagrado juramento.

El rostro del bondadoso Emperador se iluminó con una feliz sonrisa de júbilo.

—¡Feliz ciudad! ¡feliz país!—exclamó. —¡Qué feliz soy de ver que mi nación prospera bajo mi soberanía!

Todos en el palacio se alegraron y fueron felices al ver la alegría del Emperador.

Y San-Che San, Pi He Vo y Yur-Sun recibieron la orden del Dragón de Oro, como premio á su paternal cuidado por el pueblo.

NATHAN DEAN

## INTIMIDADES

Gabinete elegante. Son las diez de la noche. «Mediocrez», vestido de frac, pasea con inquietud, como quien desea marcharse. «Matilde» habla nerviosamente para entretener á su marido.

MATILDE.—Vamcs, hombre, no te impacientes y charla un rato conmigo. No me concedes ni un mal cuarto de hora.

MEDIÓCREZ.—¡Estoy tan ocupado! Ya tú ves, en estos días de agitación parlamentaria... Como que vamos á repetir las cuarenta horas.

MATILDE.—(Con alegría.) ¡Ah! ¿pero celebráis cuarenta horas? Por fin os toca Dios el corazón.

MEDIÓCREZ.—Sí; tenemos que com-

batir al Gobierno. O somos ó no somos liberales.

MATILDE.—A propósito de liberales. ¿Es verdad que tú te dejarte llamar anticlerical el otro día?

MEDIÓCREZ.—¿Y?

MATILDE.—Sí, hombre, tú. Me lo dijeron en la última reunión de «La Almohadilla Piadosa». ¿Sabes quién me lo dijo? Anita Pérez, y me lo contó con un gesto desdenoso.

MEDIÓCREZ.—¡Con que la de Pérez! Pues tu marido bien enérgico estuvo el otro día. ¡Cómo le aplaudimos aquella frase! «¿Querés poner cogulla al Estado?»

MATILDE.—¡A! ¿dijo eso? Pues luego en casa no he más voz que la de su mujer. Sus hijos, en Chamartín están con los jesuitas, y su mujer y sus hijas son las que mangorean en «La Almohadilla Piadosa», y bien las distingue el señor obispo...

MEDIÓCREZ.—Pero, mujer, tú sabes que yo no faltó á Dios, que soy creyente.

MATILDE.—Eso no basta. Nos estamos poniendo en ridículo. ¿No ves que es cursi ir contra los pobrecitos frailes y las pobrecitas monjas? Bueno que os llaméis liberales; pero poneros en berlina haciendo de jacobinos, ¡jama!

MEDIÓCREZ.—Considera que yo aspiro á una posición política.

MATILDE.—¿Y para eso te haces radical?

MEDIÓCREZ.—¡Mujer!

MATILDE.—Y, en fin, yo no quiero que hagas ciertas cosas, porque no me gusta que me miren mal las amigas. Y así cuenta con lo que hablas en el Congreso. ¡Y nada de reuniones, ni de casinos democráticos, ni de ideas exageradas! Liberal, mientras lo consienta el buen tono; pero ni un paso más. ¿Lo entiendes?

MEDIÓCREZ.—(Muy humilde.) Bueno, mujer, ¡no te enfades! Y ahora permíteme...

MATILDE.—Qué, ¿te empeñas en salir?

MEDIÓCREZ.—Sí, estoy citado.

MATILDE.—En el círculo político, ¿verdad? Para declarar la guerra al Papa, ¿no es eso?

MEDIÓCREZ.—No, mujer. Estoy citado en la Zuzuela.

MATILDE.—Si vas al teatro, te dejo. Eso no me importa.

(Mediocrez hace mutis por el foro. Matilde hace examen de conciencia. Se va á confesar al día siguiente).

H.

## Proceso edificante

En un convento de religiosos menores en el Marsón, extendieron las hormigas, que allí son grandes y dañinas, sus cavernas de tal fuerte, que minaron la despensa y se dedicaron á comerse la harina y los alimentos que guardaba.

Como era excesivo el número, buscóse el más pronto remedio; y un reli-

gioso, por divino impulso sin duda, salió con este arbitrio:

«Que los frailes, revistiéndose de aquel espíritu de humildad con que su seráfico Patriarca llamaba hermanas á todas las criaturas, pudiesen demanda á aquellos hermanos-hormigas ante el Divino Tribunal Supremo, y señalasen por ambas partes procuradores para su defensa; y que su prelado fuese el juez que en nombre de la Divina Omnipotencia oyese el proceso y lo determinase.»

Agradó esta traza, y en efecto, nombrados los procuradores, por el de los religiosos se dió pedimento contra las hormigas, expresando: «que aquéllas, conformándose con su mendicante instituto, vivían de limosna, juntándola con grande trabajo, y que éstas no hacían más que robárselas, pretendiendo echarlos de casa con su ruina; y que reapudiesen, y cuando así no lo ejecutasen, fuesen al punto muertas por un aire pestilencial ó ahogadas con alguna inundación. ó á lo menos exterminadas para siempre de aquel distrito.»

Dióse traslado á la parte de las hormigas, por la cual se contestó la demanda, y por su procurador se dió pedimento contradiciendo la pretensión de los religiosos, alegando:

«En primer lugar, que ellas, habiendo recibido el beneficio de la vida del Creador, tenían derecho á conservarla por aquellos medios que el mismo Señor les manifestaba, y que le servían poniéndolos en ejecución; dando al mismo tiempo ejemplo á los hombres de prudencia, guardando para el tiempo de necesidad; de caridad, ayudándose unas á otras cuando la carga es mayor que las fuerzas; de religión y de piedad, dando sepultura á las muertas de su especie; añadiendo que el trabajo que ellas ponían en su obra era mucho mayor respectivamente que el de los religiosos en juntar las limosnas, porque la carga mucha veces abundaba más que el cuerpo y el ánimo excedía á las fuerzas.

Que ellas estaban, antes que ellos fundasen su convento, en posesión de aquel sitio, del que no debían ser despojadas, y de la fuerza que para ello se les hiciese apelaban ante su Creador, que tanto hizo los pequeños como los grandes, y á cada especie destinó su angel conservador.

Y, finalmente, concluyeron con que ellos defendiesen su casa y harina por los modos humanos que supiesen, porque ellas hablan de continuar sus diligencias, pues del Señor y no de ellos era la tierra y cuanto en ella había.»

Dióse traslado á la parte de los religiosos, cuyo procurador se vió apretado con este alegato; porque decidida la contienda al simple fuero de criatura, y abstrayendo razones contemplativas con el espíritu de humildad, no estaban las hormigas despojadas de derecho.

Y habiendo concluído el proceso, visitó los autos por el juez, dió por sentencia:

«Que los religiosos fuesen obligados á señalar dentro de la cerca competente sitio para la vivienda de las hormigas, y que éstas mudasen de habitación incontinenti, respecto á que ambas partes quedaban así acomodadas sin mutuo perjuicio.»

Pronunciada esta sentencia, mandó el juez á un religioso que fuese á notificársela á las hormigas en nombre del



Creador, lo que ejecutó, intimándosela en las bocas de los hormigueros.

Y caso maravilloso y que muestra cómo agradó á Dios este requerimiento! Inmediatamente salieron á tola prisa millares de millares de hormigas, y formando largas y gruesas filas caminaron en derecha al campo que les habían señalado, dejando las antiguas habitaciones libres de su molesta opresión. Aquellos santos religiosos, rindieron gracias al Altísimo por tan admirable manifestación de su poder y providencia.

Después de leer lo anterior, creo que no hab á quien se atreva á sostener que la Iglesia ha dejado ni un momento de servir á la causa de la civilización, que no es enemiga de la cultura, y que no proclama las verdades de la ciencia.

Si una cosa de reirse del hecho relacionado, si no supiéramos que al realzario, aquellos frailes tenían fija la mirada en la bolsa de los creyentes. Pues de seguro abarataron su despensa para mucho tiempo, cícando y explotando la milagrosa obediencia de las hormigas.

¡Y que la humanidad haya sido y continúe siendo tan estúpida!

## El ayuno

### I

Cuando el cura subió al púlpito con su ancha sobrepelliz de angelical blanca, la baronesa estaba sentada en su sitio de costumbre, junto á un calorífero, ante la capilla de los Angeles.

Después del recogimiento de rúbrica, el cura se enjugó los labios con su pañuelo de batista; abrió los brazos como un serafín que va á emprender el vuelo, inclinó la cabeza y empezó á hablar.

Su voz parecía en un principio un murmullo lejano de agua corriente, una queja amorosa del viento en medio del follaje.

Y poco á poco fué en aumento el susurro, convirtiéndose la brisa en tempestad, y la voz del sacerdote se agitó bajo las bóvedas del templo con el majestuoso rugido del trueno.

Pero de cuando en cuando, el acento del cura se dificultaba de pronto, haciendo brillar un rayo de sol entre el sombrío huracán de su elocuencia.

La baronesa había adoptado la actitud de una persona de privilegiado oficio que se dispone á admirar todas las bellezas de una primorosa sinfonía.

Encantóle la exquisita dulzura de las primeras frases musicales, siguió con inteligente atención las variadas entonaciones de la voz, y cuando ésta hubo adquirido todo su desarrollo, cuando tronó, agrandada por los ecos de la nave, no pudo sofocar un movimiento de satisfacción.

### II

Sin embargo, el cura decía algo importante. Su música iba acompañada de palabras de reconocida trascendencia.

Pedicaba sobre el ayuno, y demostraba cuán gratas son á Dios las mortifi-

caciones de la criatura. Inclinado al borde del púlpito, decía:

—Ha llegado, hermanos míos, la hora en que, como Jesucristo, debemos llevar nuestra cruz, coronarnos de espinas y subir descalzos nuestro calvario.

Al oír esta frase, la baronesa entornó los ojos, como si hubiese sentido un cosquilleo en el corazón. Después, acariciada por la sintonía del cura, se entregó á una especie de ensueño lleno de íntima voluptuosidad.

Vía ante ella una de las altas ventanas del coro sombreada por la niebla. La lluvia no debía haber cesado aún. Á juzgar por el borrascoso tiempo que hacía cuando la joven se dirigió al templo en su carruaje. Su cochero había recibido un oportuno chubasco y hasta ella misma se había mojado los pies al bajar de su vehículo.

En el fondo, consistían sus temores en que el cura terminara demasiado pronto su sermón, porque en este caso se vería precisada á esperar con impaciencia la llegada de su cochero.

### III

El cura, en tanto, poseído de brucacólera, suelto el cabello, y con los brazos en continua agitación, exclamaba:

—Y, sobre todo ¡y de vosotras, pecadoras, si no depositáis á los pies de Cristo el perfume de vuestro remordimiento, la olorosa mirra de vuestra contrición! Temblad y caed de hinojos sobre la dura piedra sólo en el purgatorio de la penitencia; sólo desgastando estos mármoles bajo vuestras frentes agobiadas por el ayuno; sólo sufriendo las angustias del hambre y del frío, del silencio y de la noche, mereceréis el perdón divino el día esplendoroso del triunfo.

La baronesa, vuelta á su estado normal por aquel terrible estallido, inclinó lentamente la cabeza en señal de aprobación. Era preciso retirarse á un sitio húmedo y glacial y allí martirizarse sin piedad. Esto no tenía duda para ella.

Después volvió á perderse en sus ensueños. Estaba sentada en una silla baja, de ancho respaldo, y tenía bajo los pies un cojín bordado que la resguardaba del frío de las losas. Un tanto inclinada hacia atrás, disfrutaba de los esplendores de la Iglesia y experimentaba el encanto que sus pompas producen.

### IV

El cura seguía tan encolerizado como antes, sumiendo á todas las devotas en las hirvientes calderas del infierno.

—Si no escucháis la voz de Dios, si no escucháis mis palabras, que son las del mismo Dios, vuestros huesos crujirán de angustia algún día y entonces será inútil que exclaméis: ¡Piedad, señor, piedad de vosotros! Dios no os otorgará su misericordia y os arrojará para siempre al abismo.

El auditorio se estremeció de terror al oír estas frases.

La baronesa, sin embargo, no pudo ocultar una sonrisa. Conocía á fondo al cura y recordaba que el día anterior le había convidado á comer; que era decidido partidario del pastel de salmón trufado y que el Pomard era su vino predilecto.

Por lo demás, tenía el famoso orador

treinta y cinco años, era hombre de mundo, y en sociedad no dejaba de manejar la lengua con provecho á costa del prójimo.

Las mujeres le adoraban y la baronesa no le ocultaba jamás sus simpatías.

El buen señor se mostraba agradecido, y á veces le decía con melosa voz:

—¡Ah, señora; con ese traje terrenal capaz de condenar á un santo!

Y, sin embargo, no se condenaba, y lejos de eso, visitaba con asiduidad á la condesa, á la marquesa y á no pocas de sus penitentes.

### V

Mientras el cura hablaba desde el púlpito de huesos que crujen y de carnes que se despedazan, la baronesa, en el estado de somnolencia en que se hallaba, le veía sentado á su mesa diciéndole: «Esta sopa os haría obtener el perdón de Dios, si vuestra belleza no os tuviese asegurado el paraíso».

Cuando el cura hubo abusado de la ira y de las amenazas, empezó á sollozar, con arreglo á la táctica que tenía establecida. Había llegado el rasgo final, el trazo á grande orquesta, la accidentada escena del desenlace, que conmovió nuevamente á todo el auditorio.

La baronesa se había dormido con los ojos abiertos. Al despertar oyó la voz del cura que pronunciaba la frase final.

Prodújose entonces un ruido de sillones, y todos los fieles se retiraron del templo.

La baronesa estaba en lo cierto, pues su cochero no había llegado todavía. El cura había abreviado su sermón, robándole á sus oyentes veinte minutos de elocuencia.

Y cuanto se impacientaba por la tardanza, en una de las naves laterales encontró al sacerdote que salía precipitadamente de la sacristía.

El cura miraba la hora en su reloj y tenía el aspecto del hombre que no desea faltar á una cita.

—Es muy tarde, señora—dijo á su aristocrática penitente.—La condesa me espera.

—¿Sí?

—Da un concierto espiritual, seguido de un modesto almuerzo, al que no puedo faltar.

FILIPPO ZOLA

## EL CELIBATO

### Trozos de una carta célebre

¡Qué vida, qué confusión la de nuestros sacerdotes! Se les prohíbe el amor, sobre todo el matrimonio, y se les entregan mujeres. No pueden tener una, y viven con todas familiarmente; esto es poco, viven en la confianza, la intimidad, el secreto de sus acciones ocultas, de todos sus pensamientos. La inocente jovenzuela, bajo el ala de su madre, oye en primer lugar al sacerdote, quien después la llama para conversar á solas; es el primero, antes que pueda pecar, que le nombra el pecado. Instruirla, la caza; caza la, la confiesa á ella y la gobierna. En sus afecciones precede al esposo, y se mantiene siempre en este punto. Lo que no se atreve á confiar á su madre, ni confesar á



su marido, el sacerdote debe saberlo: lo pregunta, lo sabe, y no será su amante! ¿Cómo, en efecto? ¿No está tonsurado? A su oído, en voz baja, declara una joven sus faltas, sus pasiones, sus deseos, sus debilidades; no han de conmoverle los suspiros que recoge, y tiene veinticinco años!

¡Confesar á una mujer! Figuraos lo que es eso. Allá en el fondo de la iglesia está levantado, junto á la pared, una especie de armario ó de garita, donde el sacerdote (no Mingrat; quiero que sea un hombre de bien, piadoso y bueno, como los he conocido; hombre sin embargo, y joven; casi todos lo son); este hombre espera por la tarde después de vísperas á su penitente; la ama; ella lo sabe, porque el amor no se oculta á la persona amada. Aquí me detendréis: su carácter de sacerdote, su educación, su voto... No hay voto que valga; os respondo de que no hay cura de aldea, recién salido del Seminario, sano, robusto y dispuesto, que no ame á alguna de sus penitentes. Y tiene que ser así; negadlo, y os diré más: las ama á todas; pero prefiere á una que le parece, si no más bella que las otras, más modesta y más buena; se casaría con ella, y la haría una mujer tan virtuosa como feliz, si no fuera por el Papa. La ve todos los días, las encuentra en la iglesia ó en otras partes, y, sentado ante ella en las veladas de invierno, bebe imprudente el veneno de sus ojos.

Ahora bien, cuando al día siguiente la siente llegar y acercarse al confesionario; cuando la reconoce por sus pasos y puede decir: «Es ella», ¿qué pasa en el alma del pobre confesor? Honradez, deber, prudentes resoluciones, sirven aquí de poco sin una gracia especial del Cielo. Quiero suponerlo un santo; no pudiendo huir, gime, suspira, se encomienda á Dios; pero, si no es más que un hombre, se estremece, desea, y á pesar suyo, espera, tal vez sin saberlo. Llega ella, se pene de rodillas, de rodillas ante él, cuyo corazón salta y palpita! Sois joven, caballero, ó lo habéis sido; acá entre nosotros, ¿qué os parece semejante situación? Solos la mayor parte del tiempo, y no teniendo por testigos sino aquellas paredes, aquellas bóvedas, hablan, ¿de qué? ¡ay! de todo lo que no es inocente. Hablan, ó más bien murmuran en voz baja, y sus bocas se aproximan, y su aliento se confunde. Esto dura una hora, ó más, y se repite con frecuencia.

No creáis que invento. Esta escena se realiza, tal como os la pinto, en toda Francia: cada día la renuevan cuarenta mil sacerdotes jóvenes con otras tantas doncellas á quienes aman, porque son hombres; así las confiesan, hablan con ellas á solas y las visitan, porque son sacerdotes; y no se casan porque el Papa se opone. El Papa les perdona todo excepto el matrimonio, queriendo más bien un sacerdote adúltero, impúdico, relajado, asesino como Mingrat, que casado. Mingrat mata á sus queridas; se le defiende en cátedra: aquí se predica en su favor, allí se le canoniza. Si se casase con alguna, ¡qué monstruo! no encontraría asilo en ninguna parte; se haría con él buena y pronta justicia, así como con el alcalde que los hubiese casado. Pero ¿qué alcalde se atrevería?

Reflexionad ahora, caballero, y decidme si es posible reunir en una misma

persona dos cosas tan contrarias como el empleo de confesor y el voto de castidad; cuál es el destino de esos pobres jóvenes entre la prohibición de poseer lo que la Naturaleza les obliga á amar, y la obligación de conversar íntima, confidencialmente, con los objetos de su amor; y, en fin, si no basta esta monstruosa combinación para volver á unos locos furiosos, y hacer á otros, no digo culpables, por que los verdaderos culpables son aquellos, que, siendo magistrados, permiten que hombres jóvenes confiesen á sus hijas, sino criminales, y á todos sumamente desgraciados. Conozco su secreto.

En Liorna conocí al canónigo Tortini, que aún vive tal vez; uno de los hombres más sabios de Italia y de los más honrados del mundo. Relacionado con él al principio por nuestros comunes estudios, y luego por mutuo afecto, le veía con frecuencia, y no sé cómo me ocurrió un día preguntarle si había observado el voto de castidad. Me lo aseguró, y creo que decía verdad en esto como en otras cosas. Pero, añadió, para pasar por las mismas pruebas, no quisiera volver á los veinte años. (Tenía entonces setenta.) Dios sabe lo que he sufrido, y espero que me lo tendrá en cuenta; pero no volvería á empezar. Yo apunté su contestación en mi memoria de tal modo, que recuerdo sus mismas palabras.

En Rocca di Papa vivía yo en casa del vicario, donde caí enfermo: me cuidó muy bien, y aprovechó esta ocasión para hablarme de Dios, en el que yo pensaba más que él y con más frecuencia, pero de otro modo. Quería convertirme, salvarme, según decía. Yo le escuchaba con gusto, porque hablaba en toscano y se expresaba como pocos en este divino lenguaje. Al fin me curé: llegamos á ser amigos, y como seguía predicándome siempre, le dije:—Querido abad, mañana mismo me confieso si quieres casarte y vivir dichoso. Tú no puedes serlo más que con una mujer, y yo sé la que necesitas. La ves todos los días, la amas y te consumes.—Púsome la mano en la boca, y vi que sus ojos se llenaron de lágrimas. Después he oído contar de él muy extrañas cosas, que me recordaron lo que se lee de Orígenes.

Hé aquí adonde les conduce la desgracia de su estado. Pero ¿por qué, me diréis, hacerse sacerdote, cuando es uno susceptible de semejantes impresiones?

Caballero, no se hacen lo que son. Educados desde la infancia por la milicia papal, seducidos y alistados, pronuncian ese voto abominable, impío, de no tener nunca mujer, ni familia, ni casa, sabiendo apenas lo que es; novicios, adolescentes, excusables por lo tanto; porque al que hiciera un voto de esa naturaleza con pleno conocimiento de causa, se le debería encerrar en un calabozo ó relegarlo allá lejos, en alguna isla desierta. Hecho este voto, son ungidos y no pueden ya volverse atrás. Si el compromiso fuese á plazo, seguramente lo renovarían pocos. Enseguida les dan á gobernar muchachas y mujeres. Se acerca el fuego á la estopa, porque este fuego ha prometido, dicen, no quemar. Cuarenta mil jóvenes tienen el don de la continencia adquirido con la soñana, y han quedado como si no tuvieran sexo ni cuerpo. ¿Lo creéis?

Hay curas bueros, si bueno puede llamarse quien combate á la Naturaleza; algunos triunfan; pero ¿cuántos, si se comparan con los abandonados por la gracia en estas tentaciones? La gracia es para pocos hombres, y puede faltar al más justo. ¿Cómo habrán de tener ese don de continencia jóvenes en el ardor de la edad, cuando los viejos no lo tienen?

Aquel cura de París, que Vautrin, el tapicero, mató y arrojó por la ventana hace pocos años al sorprenderlo con su mujer (la aventura fué conocida en el barrio del Temple, pero no hizo ruido á causa del clero); aquel cura tenía sesenta años, y el de Pezay tiene sesenta y ocho, lo que no le ha impedido últimamente recoger de en medio del arroyo á una muchacha mendiga, caída en el abismo de la prostitución, y hacer de ella su querida; otro asunto á que echó tierra el crédito de los ungidos, porque el padre se querelló viendo á su hija embarazada, pero la Iglesia intervino, y quedó ahogado el asunto.

Y el que no puede á esa edad abstenerse de un objeto horrible y repugnante, ¿qué suponéis que habrá hecho á los veinte ó veinticinco años, dirigiendo inocentes y hermosas criaturas? Si tenéis una hija, enviadla, caballero, á un soldado, á un húsar, que podrá casarse con ella, más bien que el hombre que ha hecho voto de castidad, antes que á esos seminaristas. ¡Cuánto habría que tapar si todo lo que pasa en secreto tuviese consecuencias evidentes, ó si hubiese muchos alcaldes como el de Saint-Quentin! ¡Qué horrores dejan entrever estos hechos, transpirando á pesar de los magistrados, de las medidas tomadas para impedir la publicidad, y del silencio impuesto sobre tales materias!

Y aun sin hablar de crímenes, ¡qué manantial de impurezas, de desórdenes, de corrupción estas dos invenciones del Papa: el celibato de los sacerdotes y la confesión llamada auricular! ¡Cuánto daño hacen! ¡Cuántos bienes impiden! Hay que verlo y admirarlo allí donde la familia del sacerdote es el modelo de todas las demás, donde el pastor no enseña nada que no pueda verse en él, y que, hablando á los padres, á los esposos, da el ejemplo con el precepto. Allí las mujeres no tienen la desvergüenza de decir á un hombre sus pecados; el clero no existe fuera del templo, fuera del Estado, fuera de la ley; abusos todos establecidos entre nosotros en los tiempos de la más estúpida barbarie, de la más crédula ignorancia, y difíciles de mantener hoy que el mundo razona y cada cual sabe dónde tiene las narices.

PABLO LUIS COURIER

PEY ORDEIX

Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

DOCUMENTOS INÉDITOS.—GRABADO DEL CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: TRES pesetas

De venta en las principales librerías. Pedidos á esta Administración.

A los suscriptores de EL MOTIN 25 por 100 de rebaja.



## COSAS QUE HE DICHO

Un republicano y concejal de Mequinenza fué el último Jueves Santo á cantar el miserere al lado del cura.

Algunos correligionarios manifestaron su desagrado ante el presidente honorario del Comité, un señor Copons, que es á la vez miembro de la Junta provincial, y que aprobó la conducta del cantor de misereres.

No pasa día sin que ocurran varios actos parecidos, que me hacen pensar en lo imbéciles que son los clericales al combatir á los republicanos de algún viso, cuando los infelices sólo piensan en ser presidentes de algo en esta vida, ó concejales, ó diputados, y en hacer méritos con la Iglesia para alcanzar en la otra la salvación eterna.

Porque no quiero suponer que todos los que obran así sean cucos, farsantes ó hipócritas.—1905.

Dice la despreciable *Unión Católica*:

«Porque la leyenda y la explicación lo dicen, sabemos que unas figuras con cabezas de burros y cerdos que aparecen en la última caricatura de EL MOTIN, quieren ser los mestizos en la intención del periódico.

Advertimos al semanario clerófobo que los mestizos no usan caretas, y ni siquiera se disfrazarían de redactores de EL MOTIN.»

Lo creo, por no parecerse á las personas decentes ni aun disfrazados.—1884.

Un tal Zabala ha sido detenido por la guardia civil en el momento que se disponía á incendiar con petróleo el convento de Loyola en Azpeitia.

Mal fraile me acocee, si el tal no estaba de acuerdo con ellos para darles el pretexto de echárselas de víctimas; de lo contrario, no se comprende tanta impaciencia ni tanta torpeza.—1886.

Dos sentencias de los tribunales, que rabian de verse juntas.

1.ª Causa seguida por homicidio en la persona del Sr. Alberni.—Sentenciado el reo á cuatro meses de arresto mayor.

2.ª Causa seguida por hurto de una capa y una sortija.—Sentenciado el reo á CUATRO AÑOS Y TRES MESES DE PRISIÓN CORRECCIONAL y 300 pesetas de multa.

Jurisprudencia lógica: el hurto es más punible que el homicidio.

Según quien hurte ó quien mate, claro.—1883.

Se han descubierto en el municipio de Barcelona concejales republicano-clericales.

No hemos sido, no, muy afortunados al elegir ediles.

A las flaquezas de los de Reus, Baleares y otros puntos durante el viaje del rey, hay que añadir esa de los de Barcelona, y lo ocurrido recientemente en Salamanca al nombrar un arquitecto municipal: tres concejales republicanos votaron al candidato que protegía el obispo.

No he pensado jamás ir al cielo; mas si así hubiera sido, me arrepentiría ahora, por no encontrarme allí con tanto correligionario clerical.

Siguiendo como vamos, dentro de media docena de años va á estar el cielo invadido por los republicanos españoles.

A menos que no caiga San Pedro en la cuenta de que ni son católicos ni republicanos, y les cierre la puerta.

Como deberíamos hacer nosotros. Y por razón idéntica.—1904.

En Valencia se ha descubierto una casa donde se reclutaban niñas de nueve á doce años, engañándolas y seduciéndolas, siendo una mujer la encargada de tan abominable tráfico, ocho las víctimas sabidas hasta ahora, y apareciendo complicadas tres personas conocidísimas, una de las cuales ha ejercido de autoridad.

¿Personas conocidísimas? Entonces hay que echarle tierra al asunto. Las gentes de orden no pueden pasar por inmorales, aunque lo sean.—1892.

En una de las últimas batidas dadas á los bandidos en Cuba, se encontró en el baúl de uno la oración del Justo Juez y la del Santo Sepulcro.

Hallazgo que bastaría para probar, si ya no lo hubieran hecho plenamente los curas de Hernialde y de Flix, que no quita lo católico á lo bandido.—1891.

Por haber dicho un anciano ¡mueran los frailes!, lo han llevado á la cárcel en Coria, le han impuesto 100 pesetas de multa, y no sé si lo echarán á presidio. El infeliz acababa de pasar por el dolor de ver salir á uno de sus hijos para Filipinas, á verter su sangre en defensa del territorio comprometido por la frailería.

Corta me parece la pena, y ya puestos, deberían haberle ahorcado. Aparte que poco se perdería. Habiendo contribuido desde que nació al sostenimiento de las cargas públicas, dado sus hijos á la patria, y hallándose viejo ya ¿qué tiene que hacer en este mundo?

«¡Mueran los frailes! ¡Mueran los frailes!» No negaré que el grito es simpático; ¿pero vamos por esto á tomarlo como estribillo? Si llegara la ocasión, cada cual vería por donde tiraba, como ocurrió el 35. Hasta tanto, protesto contra ese grito subversivo.—1897.

En la diócesis de Valencia se han recaudado para los Santos lugares de Jerusalén, sólo en el año económico de

1898 á 1899, la cantidad de 52.556 pesetas 43 céntimos.

Estúpido *Juan Lanas*; aprenen á buscarte la vida estafando al prójimo, y no trabajando como acostumbra.

Pon una casa de Banca de giros contra el cielo, y lo pasarás tan ricamente en la tierra.—1899.

En Monóvar (Alicante) ha muerto un vecino, legando 4.000 duros para que se inviertan en sacar los títulos á los maestros y maestras pobres.

Malos sentimientos tenía. Es cruel eso de dar facilidades para morir de hambre á los incautos que caigan en la tentación de utilizar el legado.—1887.

La *concejallitis*, que ya causó estragos en las elecciones últimas, ha adquirido ahora proporciones terribles.

Si por desgracia apareciese nuevamente dentro de un año ó dos esa epidemia, habría que variar el nombre al partido republicano y titularlo: *Partido de concejales*, porque saldríamos á candidato por barba.

No, no era esto lo que yo había soñado.—1905.

Napoleón, á quien no puede negarse competencia en la materia, dijo:

«Si la obediencia es el resultado del instinto de las masas, la revuelta es el resultado de su reflexión.»

Se arrepentiría de haber dicho eso, si hubiera alcanzando estos tiempos y conocido á los republicanos españoles.

Precisamente por reflexionarlo mucho no hacemos nada.

A no ser que no reflexionemos, por la costumbre de delegar esa función en aquellos que proclamamos jefes.—1902.

Si los esfuerzos de toda clase que aplicamos á la lucha electoral los reserváramos para la otra, acaso muy pronto pudiéramos restablecer la República.

Somos tenaces á implacables para esto; acaban de vencernos, por malas artes en muchos puntos, y ya estamos acumulando coraje para lanzarnos sobre los ayuntamientos en Noviembre.

Toda la abnegación de que disponeemos, la aplicamos á acaparar cargos de representación popular.

Y todos los sacrificios á que estamos obligados los resumimos en el pago de carteles, candidaturas y almuerzos para los interventores.

La Unión, sin embargo, no se pactó para nada de esto. Hay que reconocerlo honradamente.—1905.

Los que, por no tener medios de vivir en España, se embarcan estos días con sus familias para Africa ó para América, cansados de aguardar la instauración de esa República salvadora de que tantos les hablaron, de esa revolución amparadora de todo derecho, justa y equitativa, ¿qué pensarán al llegar



á algunos puntos de embarque, y ver que los republicanos, sus anunciados redentores, están furiosos unos contra otros y luchando desesperadamente, por lograr que su nombre figure en las esquinas en grandes carteles de papel de color, precedido de este mot.: *Candidato á concejal?*

Pensarán... que han debido irse antes; pues si así iba el partido en quien confiaban, ¿qué no harán los otros?—1905.

Según un periódico gaditano, el Hospicio de Cádiz es la primera casa de crueldad de la provincia, en punto á comida y trato.

Desde que los asilos están á cargo de hermanucos y hermanucas, en casi todas partes ocurre igual.

Los seres que consideran la reproducción de la especie como una falta, mal pueden considerar como una virtud el amparar á los niños desvalidos.—1894.

#### Noticia para hacer anarquistas:

«Con motivo de la última cogida del diestro Rerverte, no sólo se ha quedado á asistirle el Excmo. Sr. Duque de la Roca, sino que muchas ilustres damas de la aristocracia y muchos grandes de España han enviado recados y mostrando gran interés por la salud del torero.»

¡Clericalismo y cuerno! Esto es lo que hoy priva en España. Con su obligado cortejo de hambre, robos y falta de vergüenza.—1895.

A fines del mes de Enero me escribió un republicano desde Palma de Mallorca:

«El 11 del corriente, la mayoría republicana de este ayuntamiento votó un *Zeteum* para los días de D. Alfonso XIII. ¿Puede esto pasar?»

—¿Pasar por mamarrachada risible, adulación vil, ó debilidad indigna? ¿Por qué no?

Como acto de convicción, de entereza, de energía y de dignidad política, no; como eso no puede pasar.—1904.

Ocurrióse á los patriotas de Tortosa celebrar unos funerales por los soldados muertos en Cuba, y pusieron una mesa petitoria á la puerta de la iglesia para hacer un donativo á la Cruz Roja.

Se recaudaron 116 pesetas; pero como los curas cobraron por el funeral 125, resultó un déficit de nueve.

De modo que si no se les ocurre á la vez dar una corrida de toros en la que trabajaron gratis los toreros, los iniciadores hubieran tenido que poner dinero de su bolsillo.

Para los curas, las desgracias de la patria son siempre materia explotable.—1898.

Los anarquistas y los clericales coinciden en lo de que la política ha perdido á España.

Cuando precisamente lo que le ha perdido es lo contrario: es no hacerla; es encogerse de hombros ante las arbitrariedades y las inmundicias; el creer que lo mismo da que mande Juan que mande Pedro.

De esto se han aprovechado admirablemente los gobiernos para falsear todas las conquistas democráticas, esto nos ha llevado á esta indiferencia que nos mata, y esto hace necesario un gran sacudimiento que vuelva á despertar la fe en las ideas, la pasión para imponerlos y el valor para conservarlos.

Y por esto hay que combatir sin tregua á todos los que apartan al pueblo de la política, sean clericales, sean anarquistas, sean escépticos.—1903.

Vi este título en un periódico: *Un concejal bando ero*, y exclamé: «Esas no son senas. H y muchísimos.»

Y si no leo el artículo y veo que se refería á uno de Relves, que saltó dos tiros á un ciudadano para robarle, hubiera seguido creyendo santamente que se trataba de otro de cualquiera población, Madrid en primer término.

Por eso es bueno enterarse bien de las cosas antes de emitir juicio.—1896.

En la sección de la calle de Trafalgar un jornalero se presentó en las últimas elecciones, diciendo:

—Vengo á votar por quienes ustedes quieran. Pero ¿cuánto me dan?

Orró ese jornalero como la mayor parte de los políticos de hoy, sólo que con mayor franqueza.—1896.

Contra tres presuntos reos del delito de secuestro, cometido en Lora del Río, pide el fiscal la pena de muerte.

Para los secuestradores de la monja de Vigo, la de Lorca y tantas otras como encierran hoy los conventos, si algo se pide son prebendas.

Podrá no ser cierto el refrán de «que el hábito no hace al monje», pero sí lo es que garantiza al secuestrador.—1893.

Ahora resulta que, después de haberlos combatido tanto, también tengo yo mi porción de amita. Ete:

«La República no transigirá con ninguna injusticia ni mantendrá ningún privilegio.»

¿Que con qué criterio se definirá lo injusto y lo privilegiado?

Con el de la democracia.—1902.

Los que más combaten la Asamblea ideada y propagada por mí, son los republicanos que ocupan cualquier cargo en los organismos de fracción.

¡O vosotros los que os oponéis á la Asamblea! Yo os conjuro en nombre de la tradición revolucionaria que tenéis tan guardada que nadie la ve, á que no echéis de peo de vuestra decisiva influencia (?) en la bilanza, para impedir que aquella se reúna.

No sé si crueles ni terribles. Pensad en este pobre partido republicano, al que vais á reventar con vuestra feroz intriga, y apíados de él. Y si para esto os preciso renunciar á los suenos que indudablemente habéis halagado, de ir al Congreso un día á la sombra del Directorio, hacédlo, queridos correigionarios, aun cuando privéis así á las generaciones venideras de los modelos de elocuencia parlamentaria que les hubierais dejado.

¡Por favor, egregios insignificantes, por favor! Descendened de vuestros pedestales, rebajados y elevados como el de don Tancredo, o vais á... á...

¡A hacernos desternillar de risa!—1902.

¡Bien hayan los que aplican el opio y la morfina á los que sufren grandes dolores! Lo mismo digo de los republicanos que de un momento se han dedicado á distraer al partido, ya con discursos de varios sistemas, ya formando comités de diversos calibres.

Los dolores vuelven, á pesar del opio y la morfina, como la realidad se impone después de celerar los mítines y constituir los comités. Pero los enfermos se han olvidado durante algún tiempo de sus sufrimientos, y los republicanos de sus indignaciones.

Reconocimiento eterno á los que calman los dolores, aunque no los curen, y adormecen las penas, aunque no las remedien.

Esto no obstante, convendría ir pensando en curar, no en calmar; en organizar, no en distraer.—1902.

Por débitos de contribución se ha incautado la Hacienda y ha vendido desde 1880 á 1886 nada menos que CIENTO NOVENTA Y NUEVE MIL TRESCIENTAS ONCE fincas rústicas y urbanas.

Ahora sólo falta saber el número de conservadores que se han enriquecido en ese tiempo, y en de conventos que se han levantado.

Sería el cuadro completo de la prosperidad de España.—1887.

Indudablemente habría muchos militares que se decidieran á ayudarnos, si vieran en nosotros revolucionarios conscientes, estadistas serenos, hombres abnegados; pero como han de decirse, si nos ven hoy riñendo batallas por un escaño de diputado, una concejalia, una presidencia de distrito, ó por pertenecer á una Junta de cualquiera clase? ¿Qué opinión van á formar de nosotros al ver que, mientras las cárceles de Barcelona rebosan de presos, y sus familias padecen hambre, anunciamos pomposamente bailes de máscaras en nuestros casinos, ponderando la magnificencia de nuestros salones, lo esmerado del servicio, lo selecto de los platos y de los vinos?—1910.